Biografía de madre Encarnación Carrasco Tenorio CATACIS CENTROS CENTRO



JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA

Biografía de madre Encarnación Carrasco Tenorio Carrasco Tenorio Carrasco Tenorio Carrasco Tenorio



JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA

© 2011, Juan Antonio Vives Aguilella

Edición: Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María. Curia General (Cádiz)

Impresión: Martín Impresores, S.L. C/ Pintor Jover, 1 · 46013 Valencia

Depósito legal: V-1536- 2011

A las hermanas:
Sagrario Robles Carbonero,
María Gómez Arjona,
María Silvarrey Redondo,
Mª José López Álvarez,
y en ellas a todas las
demás hermanas del "Rebaño de María"
que me han atendido siempre, como un hermano,
con gran cariño y delicadeza.
¡Qué madre Encarnación las
continúe alentando en su crecimiento
personal y estimulando en su acción
apostólica!

PRESENTACIÓN

Tan sólo tres semanas después de la muerte de la hermana María de la Encarnación Carrasco Tenorio, una persona, que la conocía de cerca y la admiraba profundamente, escribió en el Diario de Cádiz un artículo que, no sin intención, tituló: *Una santa mujer*¹.

En dicho artículo se destacó particularmente en la vida de nuestra biografiada: su especial consagración al ejercicio de la caridad y se la presentaba como persona inteligente y piadosa, activa y emprendedora, afable y simpática, fuerte y decidida, humilde y sencilla y profundamente agradecida.

Escritos posteriores han subrayado de modo especial su profundo seguimiento y vivencia de la pobreza y sobre todo su total e incondicional *confianza en Dios*².

¹ Cf. Biedma, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, nº 24949 del domingo 16 de diciembre de 1917.

² Cf. Varo, Mª de la Purificación, Breve Biografía de la Reverendísima Madre, Sor María de la Encarnación, Fundadora de la Congregación de Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María, Cádiz 1955, y Raigón, Rosario, Confianza en Dios hecha vida, en Folleto CONEL, nº 107. En adelante, estas obras se citarán con las siglas BBM y CDV respectivamente.

A mí personalmente me ha llamado poderosamente la atención esta sencilla y humilde mujer, esta cabal religiosa y sacrificada fundadora, por sus sentimientos maternales.

Ella misma, al enumerar, en el contexto de las primeras Constituciones de su Congregación, las principales cualidades que debían adornar la personalidad humana y espiritual de la superiora general, anotaba:

 Ha de tener verdaderas entrañas de madre, no sólo para las hermanas, sino para con las niñas que se hallan en triste orfandad³.

Y profundizando su testimonio de vida, se aprecia con claridad que ella cumplió a la perfección lo que dejó escrito sobre la superiora general; que ella tuvo verdaderas entrañas de madre y actuó en todo momento en consecuencia.

No sin razón, sus hijas quisieron incluir entre los pensamientos recogidos en el recordatorio que confeccionaron con ocasión de su paso a la Casa del Padre la exclamación ¡Os he querido tan tiernamente!. Y lo hacen no tanto porque ella la repitiera a menudo en sus últimos días, cuanto porque ellas mismas se sintieron tiernamente queridas por quien verdaderamente las amó con entrañas de madre.

³ CARRASCO, Ma Encarnación, Constituciones, cap. IX, p. 27.

Prólogo

Los aires reformistas de la Revolución francesa –y con ellos los principios de la Ilustración– cruzan definitivamente los Pirineos para adentrarse en España, con la invasión napoleónica de la península.

El liberalismo –apoyado fundamentalmente por una burguesía que persigue desbancar definitivamente a la aristocracia y al absolutismo real– va adquiriendo poco a poco carta de ciudadanía en la nación, abandonada por sus reyes –secuestrados en Francia– y regida por un monarcamarioneta –José Bonaparte– a quien el pueblo no respetaba y mucho menos quería.

En 1812 –casi en vísperas de la huida del rey Bonaparte y la derrota definitiva de las tropas napoleónicas– las cortes clandestinas –fieles a los borbones, pero alimentadas ideológicamente por las corrientes liberales que imperaban en Europa– aprueban, el 19 de marzo, la primera Constitución española propiamente dicha, precisamente en la ciudad de Cádiz, en la que años después –en 1875– se establecería definitivamente la madre Encarnación.

La vigencia real de esa primera Constitución fue muy breve, pues, en 1814, a la vuelta de su exilio, el nuevo rey Fernando VII –el que tanto había *deseado* el pueblo, con la esperanza de que encarnase una monarquía acorde con los cambios políticos y democráticos que se estaban produciendo en el mundo— la abolió y, con esta abolición, cercenó de momento el sueño de una monarquía parlamentaria, para volver al más rancio absolutismo regio.

Aun así, Cádiz –ciudad marítima y comercial y por ende abierta a las influencias de los países europeos y americanos con los que había intercambio comercial— se convirtió, de alguna manera, en la "guardiana" por antonomasia –aunque a veces de forma silenciosa— del movimiento liberal que, a pesar de haber sido acallado por la fuerza, no había fenecido ni mucho menos, sino que se mantenía en una especie de "letargo activo", que, de vez en cuando, dejaba oír de nuevo su voz. Y una ocasión extraordinaria para ello se presentó con ocasión de la "revolución septembrina" de 1868, que derrocó a Isabel II y derrotó, casi definitivamente, el conservadurismo –en ocasiones a ultranza— que propugnaba la Comunión Tradicionalista o carlistas.

Con la proclamación de la primera República española, el movimiento liberal cobró todo su esplendor y, junto a la defensa del individuo y sus libertades, se reconoció, entre otros derechos, el de la libertad religiosa y con ella, la escuela laica y la posibilidad de otras religiones –aparte de la católica– a ejercer la docencia.

Esa libertad religiosa se hizo particularmente patente y expresiva en Cádiz y en su comarca, donde, debido sobre todo a la clase dirigente de la zona –constituida por comerciantes entre los que, por influencia de Gibraltar, había no pocos masones y protestantes—, se hicieron presentes bien pronto, de forma oficial, distintas confesiones cristianas.

Los seguidores de Martín Lutero –fieles a los principios de su credo¹– se preocuparon de modo particular por la instrucción del pueblo gaditano haciendo un especial esfuerzo por educar e instruir a los más pequeños, quienes huérfanos unas veces, a causa de las varias epidemias de cólera que asolaban la ciudad, y otras veces abandonados a su suerte por estar trabajando sus dos progenitores², dedicaban su tiempo a recoger carbonilla en el muelle, a vender fósforos y a vagar por las calles, peleándose, rompiendo cristales, mendigando...

Ante la proliferación que, a partir de 1870, empezaron a tener en los pueblos vecinos a Cádiz las escuelas para adultos y para niños, dirigidas por miembros de la iglesia reformada, los católicos –en aquel contexto cultural y religioso en el que las iglesias cristianas no habían madurado, ni mucho menos, el sentimiento ecuménico– reaccionaron, a veces de forma poco fraterna y evangélica³, y pusieron gran

¹ Entre los luteranos es esencial la instrucción del pueblo, pues sólo aprendiendo a leer se puede acceder a la Palabra de Dios, de la que cada fiel, bajo la inspiración personal del Espíritu, está llamado a ser intérprete.

² Los hombres de la clase trabajadora de Cádiz solían trabajar, sobre todo, en la carga y descarga de los buques o ejerciendo el oficio de marinos, mientras que las mujeres solían contribuir a la necesitada economía familiar, empleándose en el servicio doméstico o como cigarreras en la Tabacalera.

³ Entre estas reacciones cabría citar, como ejemplo del fundamentalismo vivido por algunos en el campo católico, un folleto aparecido en Cádiz, bajo el pseudónimo de "Padre Cayetano", en el que se calificaba a la iglesia luterana como "la plaga del siglo a combatir" y a sus fieles, con lindezas tales como: *vampiros*, *camaleones*, *fariseos del siglo*, etc.

empeño en afrontar la instrucción de la clase trabajadora y de sus hijos.

Entre los católicos activos que unieron sus esfuerzos para afrontar el nuevo reto que se le presentaba a la iglesia a la que ellos pertenecían, se encuentra nuestra protagonista, estimulada en su empeño apostólico, por quien fue, en todo momento, su valedor y acompañante fiel, el padre Francisco de Asís Medina y Muñoz.

CAPÍTULO I

DE LA MANO DE DIOS

Contemplada desde la fe, la vida de la persona está entretejida de adhesiones o rechazos a la voluntad de Dios, o si se prefiere, al propio proyecto humano.

Cada persona necesita descubrir y seguir la propia leyenda –o, mejor aún y vistas las cosas desde la trascendencia, el designio trazado por Dios para cada quien– para realizarse adecuadamente y alcanzar esa felicidad –ese sentirse bien y a gusto consigo mismo, aun en medio de dificultades y contrariedades– que es la mejor prueba de que uno se ha salvado, ha encontrado el sentido gratificante de su existencia en el más acá, como prenda y garantía de la salvación que la fe promete también para el más allá.

El discernimiento del camino adecuado para alcanzar la propia vocación no aparece, sin embargo, siempre diáfano para la persona concreta, en las múltiples encrucijadas que la vida misma le va planteando y que a veces la pueden conducir en dirección contraria a la propia y feliz realización. Junto a esta falta de claridad, la senda precisa –aparte de no ser a veces la más atractiva, si se contempla sólo la inmediatez del premio– no está exenta por lo general de dificultades y renuncias, especialmente difíciles en determinadas circunstancias.

En la vida de la madre Encarnación, el "dejarse llevar por Dios", el *caminar de su mano*, estuvo marcado –sobre todo en sus primeros años y en los inicios de su vocación religiosa– de dificultades particularmente complejas y dolorosas, pero supo superarlas, dejando espacio a Dios en sí misma, dejándose iluminar y transformar por su Espíritu. Y esta lección y aprendizaje tempranos marcarían también el resto de su itinerario vital, en el que *su fe y adhesión para seguir la voluntad de Dios fue inquebrantable*¹, como dejan constancia, entre otros, estos testimonios:

- A veces tenía que hacerse verdadera violencia interior para sobreponerse a sí misma y mostrarse, no sólo resignada con la voluntad de Dios, sino tan conforme, que nadie podía notar en su exterior indicio alguno de disgusto, de inquietud ni de desaliento.
 - ¡Cuántas veces la vimos por el claustro con su semblante sereno, risueño a veces, alabando a Dios con cánticos imperceptibles, cuando más le agobiaba la falta de medios para el sustento!²
- Su firme creencia en Dios, le hacía arrostrar grandes dificultades, allanar obstáculos que parecieran insuperables, sobrellevar un calvario de sufrimientos. Y todo ello, porque comprendía que su obra era de Dios y, por lo tanto, Él la sacaría triunfante hasta verla segura y difundida para darle gloria hasta los confines más apartados de la tierra³.

¹ Cf. BBM, p. 182.

² Cf. BBM, p. 80.

³ Cf. BBM, p. 182.

Ella misma, haciendo síntesis de su propia experiencia de vida en el seguimiento fiel de la voluntad de Dios, escribiría así para sus novicias:

 Para unirnos estrechamente a la voluntad de Dios, tengamos presente que Cristo dijo a sus discípulos que no había venido a hacer su voluntad, sino la del Padre, y que cumplir esta voluntad era su alimento.

Puede –continúa reflexionando ella– que no haya punto más delicado para el amor propio, y en el que el desprendimiento de sí misma sea más raro, pero recordemos que habiéndonos consagrado a la gloria de Dios, no podemos procurarla, sino desde donde nos colocare la obediencia.

Además, consistiendo nuestra felicidad en una tierna e íntima unión de pensamientos, jamás podremos tener unión de corazones, si no la hubiese de voluntades. Sin esta unión, todo sería ilusión y engaño 4 .

Nacida en un santuario

Habitar en un santuario durante los primeros años de la vida representa en el Antiguo Testamento –como es paradigmático en Samuel⁵– una especial consagración a Dios. Y algo de esto sucedió en la vida de madre Encarnación, aunque en su caso no fueron sus padres quienes decidieron llevarla a la Casa de Dios, sino que fue de alguna manera el propio Dios quien, dirigiendo los hilos de los acontecimientos, así lo dispuso.

⁴ Documento para las Novicias, en Constituciones, p. 64-65.

⁵ Cf. 1S. 1, 19-28.

La historia comenzó en Puebla de Guzmán, pueblo de la provincia de Huelva y de la diócesis de Sevilla entonces, cercano a la frontera portuguesa y situado en las estribaciones de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche. Aquí habían nacido sus padres —don Ramón Carrasco Macías y doña María Tenorio Feria— hacia 1801 y 1813 respectivamente, aunque ambos se habían trasladado a temprana edad a Cádiz, donde se conocieron y contrajeron matrimonio, en la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario, el 1 de octubre de 1839. Y aquí mismo —en Puebla de Guzmán— se instalaron los recién casados en el número 18 de la calle Santos, situada en la parte noroccidental de la población. Don Ramón se dedicó al comercio de tejido y doña María, aparte de ayudar en el negocio familiar, se encargaba de la atención doméstica.

En los últimos días de marzo de 1840, doña María -ya en estado avanzado de buena esperanza-siente el deseo de subir en romería a visitar a la Virgen de la Peña, a quien veneran con acendrada devoción, no sólo los puebleños, sino también toda la comarca del Andévalo. Acompañada, pues, de los suyos, recorre gozosa los cuatro kilómetros que la separan del Cerro del Águila, en el que tiene su sede la Ermita de la Virgen.

Fuera por el esfuerzo de la caminata, fuera por la emoción que le provocó el encontrarse de nuevo con su Virgencita, o fuera porque así lo tenía previsto Dios, lo cierto es que a doña María se le adelantaron los dolores del parto y allí mismo –en pobre habitación adosada al Santuario– dio a luz a su hija, primogénita y única habida en su matrimonio. Era el 24 de marzo de 1840 –víspera de la solemnidad

de la Encarnación– y Dios dejó, de alguna manera, una primera prueba de su predilección por aquella niña que había sido alumbrada junto a lugar sagrado. Por lo demás, aquel mismo año de su nacimiento, la Diputación Provincial suprimió los "suministros" –o reparto de tierras realizado en 1812 en base a la participación en la lucha contra las tropas francesas–, pues habían llegado a generar graves "demasías y desacatos en contra de la población".

Cinco días después de su nacimiento –el 29 de marzo–, tan pronto como madre e hija pudieron ser trasladadas a su hogar, la niña fue bautizada en la preciosa iglesia parroquial de la Santa Cruz, que para entonces lucía el esplendor de su artesonado de madera apoyado sobre doble hilera de columnas de mármol y mostraba con orgullo, entre otras artísticas imágenes, la talla de Nuestro Padre Jesús, obra, al parecer, del imaginero sevillano Martínez Montañés. Al recibir las aguas bautismales, se le impuso el nombre de *Catalina de la Encarnación*.

Crecida en un hogar profundamente cristiano, sus padres fueron los primeros y principales educadores en la fe y, tan pronto como se lo permitió su edad, empezó a frecuentar la escuela establecida en el Beaterio "Nuestra Señora de los Milagros" de la Tercera Orden de San Francisco. Aquí, al tiempo que aprendió las primeras letras, se fue empapando de una tierna y filial devoción mariana y de los valores de pobreza y humildad, de sencillez y servicialidad, de penitencia y sacrificio y, sobre todo, de amor y misericordia, que distinguen especialmente la espiritualidad de Francisco de Asís, como seguidor radical de Cristo y su evangelio.

Por lo demás, su vida transcurrió alegre y feliz entre la convivencia familiar y los juegos y entretenimientos infantiles que, como era normal en aquellos años, tenían como espacios lúdicos las poco transitadas calles y plazas de la población. Entre sus aficiones no debieron faltar las curiosas visitas a alguno de los dieciocho molinos de viento que alegraban el paisaje puebleño y contribuían a la economía de la población, beneficiaria, de una u otra manera, de la larga veintena de fanegas de trigo y otros cereales que podían moler al día, siempre que acompañara el viento.

También hay que suponer que, durante aquellos años, subiera, en más de una ocasión, junto con su familia o compañeras de recreación al Castillo de Alfayat; que contemplara extasiada la famosa danza de las espadas que practicaban sus vecinos con ocasión de las fiestas; que participara gozosa, en el mes de agosto, en la feria que se organiza en honor de la Virgen de la Caridad, Patrona de su población natal, o que asistiera, rebosante de gozo, en más de una ocasión, a la bajada de la Virgen de la Peña a la iglesia de la Santa Cruz, que tiene lugar cada seis años, el primer fin de semana de septiembre.

Ocho años tenía, cuando hace en su pueblo la primera comunión, entre la desbordante felicidad de sus padres que la acompañaron emocionados. Tal felicidad, sin embargo, se vería truncada unos cinco años más tarde, cuando, estando para cumplir los trece, pierde a su padre.

Con la señal de la cruz

La señal del cristiano -enseñaban los viejos catecismos- es la santa cruz.

Y esa cruz no se refería sólo ni principalmente al signo con que los seguidores de Cristo se santiguan en recuerdo del madero en que fue clavado el Señor, sino que constituía una especial referencia a esa otra cruz que cada uno está invitado a tomar cada día, si de verdad quiere ser discípulo del Maestro; a esa cruz que simboliza, por una parte, la fortaleza y gallardía que se necesitan para renunciar al propio endiosamiento y egoísmo y, por otra, la decisión y coraje imprescindibles para afrontar las dificultades, sufrimientos y contrariedades de la vida diaria.

La cruz, en sí misma, no es para el cristiano ni un valor, ni un ideal, a conseguir. El gran valor cristiano es el amor y el ideal fundamental: encontrar sentido gratificante a la propia existencia, saborear la propia vida.

Aún así, la cruz no deja de ser un medio irrenunciable, no sólo en toda vocación cristiana, sino también en toda aventura humana, en todo proceso de crecimiento integral por el amor y en el amor. Un tal crecimiento no es posible sin madurar y crecer al unísono en capacidad de autorrenuncia y en capacidad de fortaleza para hacer frente a las adversidades. Esto, como es natural, no supone buscar la cruz, sino afrontar y cargar la que cada quien va encontrando en su camino.

La vida de madre Encarnación estuvo matizada por el signo del dolor, del sacrificio y, en definitiva, de la cruz. Unas veces, esta cruz –como se verá especialmente en la época de su madurez– tuvo el rostro de la noche oscura, otras, el del sufrimiento por la enfermedad o por la escasez de medios. Pero esa cruz que cargó en los años de su plenitud, se vio precedida –y de alguna manera le serviría de entrenamiento– por la que le tocó abrazar en los años de su adolescencia.

Trece años tenía, cuando, con unos cincuenta y un años, perdió a su padre, hacia 1852. Esta tragedia fue especialmente dolorosa para ella, pues aunque, gracias al ahorro paterno, podían contar con medios económicos para vivir desahogadamente por algún tiempo tanto ella como su madre, ésta estaba ya impedida a causa de una enfermedad degenerativa que le afectaba principalmente las articulaciones de manos y pies.

Al principio ella –como anotan las crónicas– "ocupaba su día entre la oración y el cuidado a su querida madre y sus ejercicios de caridad, en las que su espíritu se sentía inundado de profunda alegría" 6.

Al poco tiempo, sin embargo, la situación se hizo insostenible por el avance de la enfermedad de su madre, que quedó postrada totalmente en cama, y los familiares cercanos aconsejaron que fuese internada en un centro médico en el que pudiera ser atendida adecuadamente. Además, pensaron que lo mejor, en tales circunstancias, era que ella fuese como alumna interna al Convento de la Compañía de María de San Fernando, que había sido fundado en 1760. Esto debió suceder en 1853.

⁶ Cf. BBM, p. 8.

Tres años después de su llegada a su nueva residencia, fallecía su madre, con fecha 6 de febrero de 1856, a los cuarenta y dos años de edad. Fue enterrada en el cementerio que había junto a la Ermita de San Sebastián, y en su tumba se adjuntaron, a los suyos, los nombres de sus padres – Juan Miguel Tenorio y Leonor Feria– y su condición de lazarina. Este acontecimiento constituyó, sin duda, una nueva y profunda marca de la cruz en la personalidad de nuestra biografiada.

El difícil discernimiento

Internada en el Colegio de San Fernando, siente pronto la llamada a abrazar la vida religiosa, cuyo modelo ve encarnado de momento en aquellas hermanas que eran sus preceptoras.

Superando la oposición de sus familiares, pero contando con el apoyo incondicional de su madre que le acompaña desde la distancia, se decide a pedir el ingreso en la *Compañía de María*, también conocida como *Orden de Nuestra Señora*, y el 20 de diciembre de 1854 se concede el preceptivo permiso canónico para que la persona designada por el obispo pueda examinarla acerca de su recta intención y de su libertad al tomar la decisión de hacerse religiosa.

La toma de hábito se retrasa –no podía ser de otra forma, dada la ley canónica vigente– hasta después de que el 24 de marzo de 1855 cumpliera los quince años, edad mínima requerida para ello.

Ya "mayor de edad" –según el ordenamiento eclesiástico– para vestir el hábito religioso, el 26 de mayo de aquel mismo año 1855 ingresa en el noviciado. Bien pronto se ganó la benevolencia de las otras hermanas, pues "su carácter humilde y sencillo y su heroica caridad, la hicieron acreedora del cariño de todas las hermanas, al prestarse siempre a cuantos trabajos le imponía la obediencia, con la abnegación propia de quien se había consagrado del todo a Dios".

Transcurridos trece meses desde su vestición de hábito, el 20 de junio de 1856 emite sus primeros votos con la emoción contenida por el reciente fallecimiento de su madre, acaecido tres meses antes.

Los primeros años como religiosa los pasa felices, viviendo recogida y entregada a la oración y al trabajo y atendiéndolo todo con solicitud. Pero con el tiempo, una creciente desazón la va invadiendo.

Para entender su estado, es preciso conocer también la naturaleza de su condición religiosa. En aquellos años —muy lejanos aún a los aires renovadores del Vaticano II—muchas congregaciones religiosas contemplaban en sus estatutos una "diferencia de clases" que, descontextualizada de su tiempo y cultura, no deja de suscitar serias dudas de legitimidad evangélica. Una de estas Congregaciones era precisamente la Compañía de María a la que madre Encarnación pertenecía desde su entrada al noviciado en 1855. En ella se distinguían las hermanas o madres y las compañeras o coadjutoras. Estas últimas —entre las que se encontraba nuestra biografiada—, "habiendo hecho los mismos votos

⁷ Cf. BBM, p. 11.

que las demás, se ocupaban sólamente en las cosas temporales de la casa y no podían pasar nunca a ser madres"8.

El régimen de las coadjutoras contemplaba además, entre otras, estas distinciones y diferencias, incomprensibles para los hombres y mujeres nacidos o crecidos tras el Vaticano II:

- Ninguna de las que se reciban para el servicio de la casa aprenda a leer o escribir, y si alguna sabe, no aprenda más letras..., pues a éstas les bastará servir con santa simplicidad y humildad...⁹.
- Es propio de las coadjutoras –se añade en las Reglas dictadas para las mismas– ejercitarse en los ministerios más bajos y humildes, que les serán mandados, procurando servir bien y aliviar a la comunidad en eso, para que otras se puedan emplear más libremente en lo que es de más importancia; persuadidas de que sirven a un mismo Señor, por cuyo amor y reverencia hacen tales ministerios... Además, las coadjutoras serán distinguidas de las otras hermanas en muchas cosas, por buenas y justas razones: llevarán hábito y velo más corto que las otras y se sentarán en el refectorio después de todas las otras, en una mesa separada¹⁰.

Esas distinciones entre las religiosas se ampliaban incluso a las propias alumnas, insistiendo en que, en la medida de lo posible, "se pusieran aparte las pobres y malvestidas,

⁸ Cf. Bula de aprobación del Instituto "Compañía de María" por el papa Paulo V, en 1607, n. 7.

⁹ Compañía de María, Reglas y Constituciones comunes que pertenecen a la disciplina y observancia exterior, de 1607, n. 14.

¹⁰ Compañía de María, Reglas de las Coadjutoras, de 1607, n. 9 y 10.

para evitar diversos inconvenientes y desaires", aunque –se insistía también– "no se dejará de enseñarles bien, según su condición"¹¹.

No cabe duda de que todo ese entramado clasista y diferenciante fue abriendo, con el tiempo, una profunda herida en la tierna sensibilidad de madre Encarnación que –educada desde sus primeros años en la sencillez, simplicidad, pobreza, humildad y familiaridad, primero por sus padres y después también por personas pertenecientes a la Tercera Orden Franciscana– no podía comprender, y mucho menos asimilar a cabalidad, un mundo humano y espiritual tan distinto.

A ello se unía el contemplar diariamente a las colegialas y el detener su mirada de modo particular en las más pobres, en las que veía más tristes y mal vestidas, en las que intuía falta de afecto, falta de alimentación, o que estaban huérfanas. Esta visión –proyección, en definitiva, de su experiencia personal de orfandad desde sus trece años– iba despertando en ella la conciencia de que Dios la llamaba a ejercer su apostolado entre la niñez y juventud más desfavorecida, abandonada y marginada. Y poco a poco –y en la medida en que esta llamada se fue haciendo más intensauna creciente obsesión por ver con claridad el designio de Dios sobre su propia vida se fue apoderando de ella, hasta el punto de hacerla enfermar.

"Humilde y desprendida como era -dice una testigo, refiriéndose al drama interior que entonces estaba vivien-

¹¹ Compañía de María, Constituciones de las Doncellas, de 1607, n. 10.

do- desconfía de sí misma y renuncia a toda satisfacción de su propio gusto"¹², y, aprovechando su estado de postración por la enfermedad, se decide a confiar sus dudas a la superiora, quien, hija de su tiempo y de su formación, se alarma ante la pretensión de una hermana coadjutora que le adelanta incluso la posibilidad de fundar alguna obra en favor de las niñas más necesitadas y carentes.

Su confidencia con la superiora, pues, lejos de serle de alivio, le complica aún más la vida, ya que la comunidad de madres, enterada de sus pretensiones, lejos de comprender sus intenciones o, al menos, dudar de que se pudiese tratar de una especial llamada del Señor, "se siente escandalizada y teme una rebelión entre las coadjutoras"¹³.

Buscando una salida a su situación, multiplica entonces su oración y recurre al obispo. Y entre Dios y su mediador episcopal la va conduciendo a superar con éxito aquel difícil discernimiento y a encontrar su sitio en la vida. Pero esto pertenece ya a otro capítulo.

¹² Cf. BBM, p. 11.

¹³ Cf. CDV, p. VII-VIII.

CAPÍTULO II

EL CAMINO SE ILUMINA

Dicen que "Dios aprieta, pero no ahoga" y dicen también, quienes, al parecer, entienden los pensares y quereres del Creador, que "cuando Dios le da a una persona la cruz, le da, al mismo tiempo, la fuerza necesaria para llevarla". Y algo de todo esto se puede ver reflejado en la vida toda de madre Encarnación, aunque se haga particularmente expresivo y testimonial en los momentos más fuertes y difíciles, como fueron, sin duda, los que se encuadran en el largo, y cada vez más doloroso, período de su discernimiento vocacional.

Precisamente cuando la oscuridad parecía ser más fuerte y pertinaz, la luz de Dios –esa luz que lejos de deslumbrar, ilumina a la persona, como cantara el salmista¹– le aclaró, con toda nitidez, el camino a seguir.

Un sueño trascendental

Muchas son las formas y maneras en que, a lo largo de la historia, Dios ha ido manifestando su voluntad a los hombres. Entre ellas, adquiere un particular relieve el "sueño

¹ Cf. Sal. 36, 10.

incubativo", o también llamado "sueño portador de revelación", porque, a través de él, Dios manifiesta a la persona concreta su querer.

Ejemplos de un tal sueño son, entre otros: el sopor en que Dios sumió a Adán, no sólo para crear a la mujer, sino sobre todo para hacerle comprender a él mismo –y en él a todo hombre– la complementariedad y la igualitaria dignidad de la mujer²; el sueño que experimentó Abraham, en el que se le revela el futuro que Yahveh tiene reservado para su pueblo³, o los mismos sueños que tuvo José y en los que se le aclaró la concepción operada en María, su mujer, o se le ordenó emigrar sin tardanza a Egipto⁴.

Pero, entre todos los sueños bíblicos, llama particularmente la atención, por la belleza de su expresión y por la riqueza de detalles, el que experimentó Jacob junto al santuario de Betel⁵. La escala que el patriarca contempla le hace comprender que Dios está con él –está al alcance de su mano– y que, por tanto, su empresa alcanzará éxito. Ni que decir tiene que este sueño transfiguró de alguna manera la vida de Jacob y le infundió la necesaria fortaleza para emprender, con total confianza y esperanza, la misión encomendada.

También a madre Encarnación Dios le revela, a través de un sueño, el designio que le tiene reservado y revoluciona así definitivamente su vida. En esta ocasión, el sueño reve-

² Cf. Gn. 2, 21-23.

³ Cf. Gn. 15, 12-21.

⁴ Cf. Mt. 1, 20-21 y 2, 13.

⁵ Cf. Gn. 28, 10-15.

lador se produce en medio de un proceso febril que sufre precisamente por la desorientación que estaba viviendo en la etapa de su difícil y trascendental discernimiento:

• Se me representó –contará ella, aún emocionada, a sus primeras compañeras del Rebaño– un hermoso patio, donde había una señora sentada, que me invitó a sentarme a su lado. Desde allí pude contemplar un sinnúmero de niñas harapientas jugando, que, de vez en cuando, venían a recibir caricias y cuidados de aquella señora. Y ésta me dijo sonriendo: "éste es mi rebaño, el que te encargo cuides y cobijes bajo tu tutela y lo encamines al bien"6.

A partir de ese momento, su ánimo se fortaleció y se sintió con el suficiente coraje para emprender la aventura a la que, ya sin ningún género de duda, se sintió llamada y enviada por el Señor. Esta decisión se afianzó aún más, si cabe, cuando fray Félix Mª de Arriete, el obispo de Cádiz a quien había confiado sus anteriores dudas y congojas, le dijo:

• Hija mía, he deliberado sobre tu pensamiento de fundar, y creo que ésa es la voluntad del Señor. Yo te ayudaré. Esperemos el rescripto de Roma y, libre de votos, podrás salir a emprender tan árdua misión. Mientras tanto, guarda mucha reserva, cumpliendo tus deberes religiosos, como has hecho hasta el presente⁷.

⁶ Cf. BBM, p. 12.

⁷ Cf. BBM, p. 13.

Cádiz fue su Calcuta

De todos es conocida la historia de Agnes Gonxha Bojaxhin, o mejor aún de *Teresa de Calcuta*.

Sintiéndose llamada a las misiones desde bien pequeña, ingresa, con el tiempo, en la Congregación de Nuestra Señora de Loreto –conocida popularmente en España como *Madres Irlandesas*– y logra llegar a la India, donde poco a poco las diferencias que observa entre "su" Colegio –dedicado a la educación de "niñas bien"– y la paupérrima realidad de las gentes de Calcuta donde estaba ubicado el centro escolar, le van golpeando y haciendo mella en su sensible y compasivo corazón, hasta el punto de provocarle una profunda crisis, que le lleva a abandonar su primera vocación religiosa, para convertirse en iniciadora de una nueva forma de vida consagrada.

Con todo, la historia de madre Teresa, con ser algo un tanto excepcional, no es, ni mucho menos, algo completamente esporádico dentro de la historia de la iglesia.

Quien haya seguido hasta aquí este relato biográfico de madre Encarnación se habrá percatado fácilmente de que su primer itinerario vocacional y religioso tiene muchas similitudes con el de la santa albanesa.

Ambas –Encarnación y Teresa– se sintieron llamadas inicialmente por Dios a su seguimiento en una congregación religiosa de la que, con el tiempo, pidieron salir, al ir sintiendo íntimamente, por la creciente desazón experimentada, que el camino emprendido no era el que el propio Dios había pensado para ellas.

Ambas contemplaron compasivas –y de alguna manera sufrieron en carne propia– las carencias y miserias de los más necesitados y pobres de su entorno y ambas se sintieron impelidas y "obligadas" a ofrecer una respuesta adecuada a tan triste realidad.

Ambas tuvieron que sufrir –y no poco– al no verse, al principio, comprendidas –y mucho menos acogidas– por las superioras de su primer instituto.

Y ambas, en fin, tuvieron que solicitar de la Santa Sede un especial indulto de su primera profesión religiosa. A madre Teresa le fue concedido en 1948 y a madre Encarnación setenta y tres años antes, con fecha de 22 de diciembre de 1875.

Los escenarios en que se movieron ambas fueron, sin embargo, muy diferentes. Madre Teresa encontró su tierra prometida en Calcuta, para madre Encarnación su Calcuta fue, como se verá, Cádiz.

Comienzo de la aventura

Al dejar el Convento de la Compañía de María, madre Encarnación se acoge a la hospitalidad que le ofrece la familia *Walmer Gómez-Carrasco*, que vivía en la calle San José, n. 19, de Cádiz, cerca de la Iglesia que los oratorianos habían dedicado a su fundador, San Felipe Neri.

Desde la casa de su tía paterna, continúa cultivando una intensa vida de piedad y sigue alimentando también el deseo que siente de dedicar su vida a la niñez más desfavore-

cida, "acogiendo a niños huérfanos y abandonados, aun a costa de tenerles que buscar el sustento"8.

Viviendo en Cádiz, no le resultó difícil toparse con el emprendedor e incansable apóstol, el padre Medina, quien, preocupado por el avance de los protestantes en la ciudad, se propuso contrarrestar su creciente influencia , favoreciendo y potenciando para ello la acción cultural y social de la iglesia católica. Pronto sus itinerarios –el de este padre y el de la madre Encarnación– se entrecruzaron y ella acabó siendo la principal colaboradora del padre Medina en su apostólico proyecto.

De momento, y para no ser gravosa a nadie y ganarse el sustento, madre Encarnación daba clases a un pequeño grupo de niñas, en la misma casa de los familiares que la habían acogido, aprovechando una habitación de la planta baja, que tenía comunicación directa con la calle⁹.

El 10 de agosto de 1876, el padre Medina y la madre Encarnación, junto al resto de colaboradoras, abrieron, en la calle Consolación, n. 11, una primera escuela para jóvenes trabajadoras –principalmente cigarreras– que, aunque al principio solo impartía clases nocturnas, bien pronto amplió su acción con otro turno diurno. Las materias eran fundamentalmente: Lectura, Escritura, Aritmética y Doctrina de la Iglesia e Historia Sagrada.

La escuela se denominó *Rebaño de María*, *Divina Pastora*, atendiendo al deseo del obispo capuchino, Fray Félix de Arriete, que regía la diócesis gaditana y fue el gran pro-

⁸ Cf. Testimonio de Teresa Gaviño.

⁹ Testimonio escrito de loa familiares de madre Encarnación y de una sobrina del padre Medina.

tector y favorecedor del padre Medina, junto al alcalde de la ciudad, D. José María de la Viesca, Marqués de Santo Domingo¹⁰.

Pasado poco más de un año -el 15 de octubre de 1877se abrió otra Escuela Rebaño de María, Divina Pastora, en la calle Botica, n. 6¹¹.

No obstante su cordial y total dedicación a la obra del padre Medina en favor de las jóvenes trabajadoras y niñas necesitadas de instrucción, el espíritu de madre Encarnación continuaba inquieto. Y esta inquietud se vio acrecentada, si cabe, ante el aumento de trabajo, que llevó a algunas de las colaboradoras a proponerle al padre Medina que encomendase la obra de las escuelas a alguna comunidad religiosa. Frente a esta postura –un tanto abandonantista–, madre Encarnación, que no había olvidado, ni mucho menos, su intención de fundar una Congregación dedicada a la acogida y educación de huérfanas y abandonadas, propuso al propio padre Medina, constituirse ella –y las que aceptaran la invitación– en comunidad religiosa.

Ante la propuesta de madre Encarnación, el padre Medina, que también albergaba en su corazón un proyecto similar al que la animaba a ella, se sintió sumamente feliz y consideró que esa convergencia de sueños, ilusiones y proyectos no podía ser, sino *voluntad de Dios*. Y con este íntimo convencimiento le dijo a la madre:

¹⁰ BBM, p. 15.

¹¹ BBM, p. 16.

 Pidamos a Dios que nos ilumine y dé a conocer los destinos de su Providencia. Confiemos en el auxilio divino que nos dará a conocer lo que es de su agrado¹².

No satisfecha del todo con la opinión aprobatoria del padre Medina, recurrió ella –hacia principios de 1878– al consejo del obispo Fray Félix, quien, en un primer momento, le dijo:

 No te desanimes, me entrevistaré con el padre Medina y Dios determinará lo que sea de su agrado¹³.

A la espera del "veredicto" definitivo del señor obispo, madre Encarnación se agarró con todas sus fuerzas a la intercesión del Beato Diego de Cádiz –singular impulsor de la devoción a la "Divina Pastora" – y le confió el asunto. Y el Beato –no cabe duda– le alcanzó del Señor, en un tiempo récord, la gracia pedida, pues, cuando en la octava de la Encarnación de aquel año 1878 volvió ella a encontrarse con el obispo, éste le dijo abiertamente:

• Hija, Dios, en su misericordia infinita, me ha dado a conocer claramente que es de su agrado el Instituto que, por amor suyo, deseas formar^{*14}.

En mí –prosiguió– encontrarás siempre protección. Yo te bendigo y sería de mi agrado que vistieseis el tosco sayal de la Orden Capuchina¹⁵.

¹² BBM, p. 18.

¹³ BBM, p. 19.

¹⁴ BBM, p. 19.

¹⁵ BBM, p. 20.

Con la bendición del obispo, madre Encarnación –alentada y apoyada en todo momento por el padre Medinase decide a poner en marcha la fundación que, desde hacía tiempo, sentía en su corazón que estaba inspirada por el propio Dios; se decide, en fin, a *emprender la aventura* a la que, cada vez con fuerza mayor, la invitaba y retaba el Espíritu.

El 7 de junio de 1878 –que aquel año era viernes–, se reunen en comunidad las candidatas a integrar la nueva Congregación religiosa, presididas por madre Encarnación.

Se instalaron en los locales de la Escuela ubicada en la calle Consolación. Como oratorio escogieron una de las mejores habitaciones de la planta baja, que, a pesar del esmero que pusieron en adornarla, no dejaba de ser una muestra de la extrema pobreza con que empezaba el nuevo Instituto. Como titular de aquel primer oratorio pusieron a la $Divina\ Pastora,\ a\ la\ que\ se\ consagraron,\ llenas\ de\ amor\ y\ fe^{16}.$

El primer día de la octava de la Natividad de la Virgen –cuya festividad se celebra el 8 de septiembre– iniciaron los Ejercicios Espirituales previos a la solemne vestición del hábito. Con esta ocasión, madre Encarnación y sus primeras compañeras dejaron de atender la Escuela de la calle Botica, que quedó al cuidado de las hermanas del padre Medina, para pasar después a ser regentada por maestras particulares.

Por fin, en la solemnidad de San Francisco de Asís *–el 4 de octubre de 1878–*, las candidatas –Isabel Méndez Mar-

¹⁶ BBM, p. 24.

tínez, Dolores Villasante Domínguez y María Jesús Martínez Díaz ¹⁷– con la madre Encarnación al frente, vistieron el tosco sayal escogido como hábito, que les impuso fray Andrés Carrogio en la iglesia de los Capuchinos de Cádiz. La misa fue celebrada por el padre Medina, quien también dirigió a los asistentes una sentida y emotiva plática.

De momento, se dispuso que las hermanas que fueran finalizando su noviciado emitirían votos temporales privados, en tanto no fueran redactadas y aprobadas las Constituciones propias de la nueva Congregación y ésta pasase a ser, en consecuencia, de derecho diocesano.

Precisamente por ello, una de las preocupaciones prioritarias de madre Encarnación, en su papel de fundadora, fue el de redactar el primer texto constitucional de las Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María, como se denominó desde su origen la fundación. Eso sí, este empeño, aunque prioritario siempre en el ánimo de la fundadora, no fue algo que ella emprendiera con prisas o impensadamente, sino que, por el contrario, las primeras Constituciones fueron fruto maduro de profunda oración y de interminables penitencias que se impuso "para implorar del cielo luces que le dieran a conocer la voluntad del Altísimo en cosa tan trascendental y delicada"18. Y cuando hubo finalizado el trabajo, presentó el texto constitucional a la aprobación del señor obispo -que para entonces era ya don Vicente Calvo y Valero- quien, al aprobarlo el 3 de febrero de 1891, escribió entre otras cosas:

¹⁷ BBM, p. 17.

¹⁸ BBM, p. 76.

• Apruebo las Constituciones de las Hermanas Terciarias Franciscanas de esta ciudad de Cádiz, tituladas del "Rebaño de María, que se ejercitan en la educación de huérfanas pobres y en otras obras de caridad, por estimarlas muy apropiadas para promover la gloria de Dios, el bien de las gentes y el adelanto espiritual de quienes integran dicha Congregación¹⁹.

Una vez reconocida oficialmente su fundación por el obispo, madre Encarnación pudo emitir de forma pública y solemne los votos religiosos como hermana terciaria franciscana del Rebaño de María. Era el 12 de agosto de 1891, solemnidad franciscana de Santa Clara de Asís²⁰.

Acompañantes del camino

En los inicios de su sueño fundacional; al emprender la aventura de fundar en la Iglesia un nuevo instituto religioso, y en medio de las difíciles circunstancias que tuvo que afrontar para llevar adelante su apostolado entre las niñas huérfanas y desamparadas, madre Encarnación se sintió profundamente acompañada y arropada.

Se sintió acompañada, de modo primordial y muy especial, por Dios, quien, a través de la acción dinamizadora de su Espíritu y la constante ayuda de su Providencia, no sólo estuvo junto a ella, sino que fue en realidad el gran protagonista de todas sus acciones.

¹⁹ BBM, p. 82.

²⁰ BBM, p. 90.

Similar compañía y protección experimentó también por medio de la Virgen, a quien contempló y amó profunda y tiernamente como *Madre del divino Pastor*, como la *Pastora* "divina" que le había confiado "su" rebaño para que lo cuidara maternalmente.

Dentro aún de la esfera de lo trascendente, tuvo además profundas experiencias del poder intercesor de los santos y, en particular, de aquellos a los que guardó especial devoción, como fueron San José, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua y, de modo todavía más especial, si cabe, el Beato Diego de Cádiz, a quien, quizá por ser "paisano" consideraba como "más de casa" y recurría con mayor asiduidad a su poder intercesor en las cotidianas dificultades. De hecho, ella misma, con los escasos recursos con que contaba, pagó -en 1882- el desalojo de la casa natalicia del Beato -habitada por una familia dedicada a la hechiceríae hizo de la habitación donde él había venido al mundo un pequeño Oratorio con una gran cruz, un cuadro del Beato y una lámpara de aceite permanentemente encendida. Y cuando, con el tiempo, el obispado emprendió -en 1909- el proyecto de construir un hermoso templo en el lugar, integrando a espaldas del altar la habitación en que el Beato había nacido, ella, con toda sencillez y sin pedir nada a cambio, entregó las llaves de aquella casita-capilla, que con tanto esmero y cariño había venido cuidando y adecentando, en actitud de agradecimiento constante a su seguro intercesor²¹.

²¹ BBM, p. 43-44 y 160-161.

Aparte, sin embargo, de todos esos "acompañantes" –primordiales y fundamentales sin duda–, hubo otros "de carne y hueso", que marcharon al lado de madre Encarnación de una manera más palpable y físicamente visible. Entre ellos, merecen destacarse aquellos de los que se hace mención a continuación.

Padre Francisco de Asís Medina y Muñoz²²

Al padre Medina corresponde, sin ningún género de dudas, el primer lugar entre las personas que acompañaron de cerca a madre Encarnación.

Tal fue su cercanía e implicación en la obra fundacional de ella, que, con todo merecimiento, fue considerado en su día y continúa siendo considerado en la actualidad, *cofundador* de la Congregación del Rebaño de María.

Nacido en Cádiz –el 12 de julio de 1840– y bautizado cuatro días después –el 16– en la Parroquia Nuestra Señora del Rosario –la misma en la que nueve meses antes habían contraído matrimonio los padres de madre Encarnación–fue ordenado sacerdote el 10 de diciembre de 1865 y, al año siguiente –exactamente el 17 de diciembre de 1866– ganaba por oposición una plaza de Beneficiado de la Santa Iglesia Catedral de su ciudad natal.

Apóstol incansable de la Palabra –día hubo en que llegó a predicar seis sermones, sin contar el que cotidianamente hacía al Rebaño, pues, como decía él mismo, "éste era de su obligación" – fue también infatigable y fogoso a la hora

²² BBM, p. 136-141 y 150-157.

de defender la ortodoxia de la fe católica, que él consideró seriamente amenazada en la comarca gaditana, ante la proliferación de los hermanos que seguían las doctrinas de Martín Lutero. Precisamente llevado de este celo, inició –el 10 de agosto de 1876–, en colaboración con madre Encarnación y otras voluntarias –como ya se ha visto– la obra de las *Escuelas del Rebaño de María, Divina Pastora*, que desarrollaron un importante papel –cultural, social y religioso, a la vez– en la ciudad de Cádiz, en tanto no se clausuraron las escuelas protestantes y se promovieron Escuelas Nacionales.

Después, cuando madre Encarnación inició su quehacer de fundadora de una nueva Congregación e iniciadora del primer Asilo en que cumplir la misión apostólica propia, recogiendo y educando cristianamente a huérfanas y desamparadas, él fue su más cercano colaborador y su firme defensor y apoyo, excediendo, por cariño y dedicación las obligaciones que le competían como padre Director de las hermanas del Rebaño de María.

No cabe duda de que su talante sencillo y humilde, pobre y servicial, y su ánimo emprendedor, sacrificado y siempre dispuesto, inspiraron a madre Encarnación para delinear así la figura del padre Director de la Congregación, en las primeras Constituciones:

• Su oficio –escribió ella– es velar con ardiente celo, no sólo por los intereses espirituales, sino por todo lo concerniente a la conservación, aumento y prosperidad del Instituto. Será siempre el órgano por donde se comuniquen, a la Corporación, las órdenes del Prelado, así como también será él, quien

dará cuenta al mismo Prelado de cuanto ocurriere de grave e importante en la Congregación.

Ha de caminar siempre de acuerdo a la superiora general... Será confesor ordinario de la comunidad... Y anunciará, con la frecuencia que le sea posible, la divina palabra, a fin de fomentar más y más en las hermanas el amor de Dios y el deseo de ser fieles en el cumplimiento de sus obligaciones²³.

Tras la muerte del padre Medina -acaecida el 24 de diciembre de 1908, a causa de la gangrena que le provocó una herida mal curada que se había hecho en un pie cuatro años antes-, el Instituto contó, en vida aún de madre Encarnación, con otro Director, nombrado por el obispo. Fue don José Ma Cortés²⁴, también canónigo de la Iglesia Catedral gaditana, que comenzó su cometido, haciendo indagaciones sobre el espíritu de la Congregación y de cada hermana que, en principio, provocaron no poco revuelo y obligaron a madre Encarnación -que con gran humildad se sometió rendidamente a él desde el primer momento- a dirigirse al resto de sus hermanas en estos términos: "Os pido que le profeséis amor y respeto, como venido por voluntad de Dios"25. Posteriormente, este nuevo Director realizó una Visita Canónica a las distintas casas, logrando resultados muy positivos²⁶.

²³ Cf. Constituciones, cap. VIII, p. 25-26.

²⁴ BBM, p. 157-159.

²⁵ BBM, p. 159.

²⁶ BBM, p. 161-162.

Acompañantes distinguidos de madre Encarnación en su camino fundacional fueron también los distintos obispos que rigieron en vida de ella la diócesis de Cádiz.

Entre ellos, merece especial mención *fray Félix Mª de Arriete y Llano*, religioso capuchino desde 1828 y obispo de la diócesis gaditana desde el 1 de octubre de 1863. A él –en cuya lápida sepulcral se pensó esculpir que "siempre tuvo sus manos elevadas al cielo para pedir por sus hijos, bajándolas sólo para enjugar lágrimas y socorrer a los pobres"²⁷– le tocó dirigir, con gran sabiduría, celo y acierto, el espíritu de madre Encarnación en los inicios, ayudándole a descubrir el camino por donde Dios quería conducirla. A su muerte –que tuvo lugar el 29 de diciembre de 1879–, el espíritu de madre Encarnación se sintió profundamente atribulado, al considerar que la Congregación –que tan sólo un año antes había fundado– quedaba "huérfana del padre que Dios había elegido para darle el ser y trazarle el plan de sus actuaciones"²⁸.

A continuación, vino don Jaime Catalá y Alboza, quien rigió la diócesis hasta el año 1883. Desde el primer momento se preocupó paternalmente por la marcha del Instituto. Llegó a sentir gran admiración por el abnegado espíritu de la Fundadora y se propuso ayudarla en cuanto estuviese a su alcance. Y, a sugerencia suya, se cambió el hábito pri-

²⁷ Esta inscripción fue aprobada por el Ayuntamiento de Chiclana –donde falleció– en 1880, aunque después no llegó a colocarse.

²⁸ BBM, p. 34.

mero por otro más adecuado, imitando al de los menores franciscanos²⁹.

Don Vicente Calvo y Valero, sucesor de don Jaime, fue también un preclaro acompañante y apoyo de madre Encarnación, y aunque no consiguió que se cumpliera íntegramente el testamento de doña Dolores Aguirre en favor de la institución, a él se debió la aprobación de las primeras Constituciones y el consecuente reconocimiento diocesano de la Congregación. Murió repentinamente el 27 de junio de 1898³⁰.

El último obispo de Cádiz que madre Encarnación conoció fue don *José María Rancés Villanueva*, fallecido el mismo año que ella. Gracias a su buen hacer, se logró, en poco tiempo, sacar de su atasco la ejecución de la voluntad testamentaria de doña Dolores Aguirre y se creó y puso en funcionamiento el Patronato previsto por la donante³¹.

Doña María de los Dolores Aguirre Larraondo

No por nombrarla en último lugar, fue, ni mucho menos, la acompañante menos importante de madre Encarnación.

Doña Dolores no se contentó con ser el más constante y fiel rostro visible del Dios Providente en favor del Rebaño, sino que, al morir –el 26 de enero de 1887– legó a madre Encarnación y a su obra todos sus bienes muebles e inmuebles, incluido un edificio ubicado en la calle Juan de An-

²⁹ BBM, p. 40.

³⁰ BBM, p. 122-123.

³¹ BBM, p. 125-126.

das, n. 12 y conocido popularmente como la "Casa de las Columnas". Y aunque de esta casa nunca pudieron tomar posesión las hermanas y las niñas internas por los pleitos interpuestos, gracias a su herencia se pudo adquirir la sede definitiva del Asilo en la calle San Sebastián, n. 5 y se pudo crear un Patronato para colaborar en el mantenimiento de la obra apostólica y benéfica de madre Encarnación en favor de las niñas huérfanas y desamparadas.

CAPÍTULO III

SUS PREDILECTOS, LOS NIÑOS

Toda espiritualidad cristiana tiene siempre, como referencia y fuente imprescindible, el Evangelio –todo el Evangelio – y procura asumirlo y vivirlo con la mayor fidelidad posible.

Aun así –y sin pretender en ningún momento reducir la totalidad y globalidad de la Buena Noticia–, cada carisma suele acoger el mensaje evangélico, partiendo de determinados núcleos, que confieren a la propia vivencia espiritual específicos acentos que la identifican y distinguen dentro del armonioso y variado conjunto de los carismas con que el Espíritu adorna, cual esposa, a su Iglesia.

En el caso de madre Encarnación, los núcleos evangélicos en los que de modo particular se inspiró para vivir y desarrollar personalmente –y desde ahí, trasmitir a los demás– el carisma que el Espíritu le había regalado, fueron especialmente estos dos: el que hace referencia a la predilección de Jesús por los niños y el que unifica, en un mismo acto, el amor a Dios y al prójimo, y sobre todo, al prójimo más débil, carente y necesitado.

El primero de dichos núcleos encuentra su fundamento evangélico en estas frases del propio Cristo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los que

son como ellos es el Reino de Dios. Yo os aseguro que quien no reciba el Reino de Dios como un niño no entrará en él¹. Y madre Encarnación –que "mostró siempre gran predilección por las niñas confiadas a su amparo, se preocupó constantemente de ellas, las amó en extremo y por ellas se impuso en todo momento los mayores sacrificios"²– hace, entre otros, este comentario al respecto:

 No debemos desdeñarnos de la ignorancia, grosería y miles de defectos de las pobres niñas, antes bien, animémonos más aún a conducir al bien a estos "preciosos depósitos" que Dios nos ha confiado³.

El otro gran núcleo evangélico que cautiva de forma especial a madre Encarnación lo resalta así el propio Jesús: El que recibe a un niño en mi nombre, me recibe a mí, pues el más pequeño entre vosotros, ese es el mayor⁴; quien a vosotros recibe, a mí me recibe y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado⁵; cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, más pequeños, a mí me lo hicisteis y cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo⁶. Y este núcleo lo comenta así ella:

¹ Cf. Lc. 18, 15-17. Cf. también Mt. 18, 4-6 y 19, 13-15 y Mc. 10, 13-16.

² Cf. BBM, p.180 y Testimonio de la hermana Margarita García Paz.

³ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Reglas de la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 97.

⁴ Cf. Lc. 9, 48. Cf también Mc. 9, 37.

⁵ Cf. Mt. 10, 40. Cf. también, Mc. 9, 41; Lc. 10, 16 y Jn. 12, 44-45.

⁶ Cf. Mt. 25, 40 y 45.

- Todas las obras propias del Instituto son del agrado del Señor, que dijo que consideraría como servicios prestados a su misma persona los que se hicieren a los pobres y pequeñuelos⁷.
- Sirviendo a los pobres, tenemos la dicha de servir y honrar más particularmente a Jesucristo⁸.
- El espíritu de fe de que hemos de estar animadas nos hará estimar y considerar sólo en las jóvenes que educamos las cualidades y títulos que las hacen grandes y nobles a los ojos de Dios. Veamos, pues, en nuestras alumnas a hijas de Nuestro Señor Jesucristo, rescatadas con su sangre y destinadas a reinar eternamente con Él⁹.

Fue precisamente la vivencia profunda, exquisita y radical de esos dos núcleos evangélicos –y desde ellos del Evangelio todo– la que hizo de madre Encarnación una cabal contemplativa en la acción apostólica en favor de la niñez más desamparada y necesitada.

Locura de amor

Cuenta el evangelista Marcos que los parientes de Jesús fueron en su busca ante las voces que aseguraban que se había vuelto "loco"¹⁰.

⁷ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. I, p.19.

⁸ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Reglas de la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 97.

⁹ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Reglas de las Maestras de clase, art. 7°, en Constituciones, p. 46.

¹⁰ Cf. Mc. 3, 20-21.

No fue esa, sin embargo, la primera, ni por supuesto la única vez que lo tildaron de persona "rara", endemoniada o fuera de sus cabales¹¹.

Ni fueron sólo ésos los insultos que recibió, pues, como una consecuencia más de considerarlo un ser extraño, lo calificaron también de embaucador, blasfemo, borracho y otras lindezas del género¹², llegando incluso a burlarse, sin ningún pudor, de él¹³.

De locos y borrachos acusaron después a los apóstoles y primeros discípulos¹⁴.

Y de locos han venido acusando también, gentes de diversas culturas y en épocas distintas, a muchos de los santos con los que convivieron. Ejemplo cercano a madre Encarnación –por afinidad espiritual– lo constituye San Francisco de Asís. Muchos de sus mismos paisanos, que no llegaron a entender el cambio radical producido en su vida después de que le hablase el crucifijo, lo consideraron loco y lo ultrajaron, en más de una ocasión, tirándole piedras y barro o propinándole alguna paliza. Y algo similar sucedió asimismo a algunos de sus primeros hermanos y seguidores.

Todas esas "locuras" –la de Cristo, la de los apóstoles, la de los santos– han tenido siempre, como común denominador, "un amor tan extremado", una tal generosidad personal en favor de los demás, que, para quien no está en

¹¹ Cf. Jn. 8, 48 y 52; 10, 20, y Mt. 12, 24.

¹² Cf. Mt. 11, 19 y 26, 65; Lc. 23, 5 y Jn. 7, 47; 8, 41 y 10, 33.

¹³ Cf. Mt. 27, 27-31; Mc. 15, 16-20 y Jn. 19, 2-3.

¹⁴ Cf. Hch. 2, 13, 17, 32 y 26, 24.

la dinámica del Espíritu, no puede tener otra explicación, que la "sin razón" producida por un estado anormal de la persona. Y esto es así porque, por su propia naturaleza, el amor -tal como Cristo lo vivió y trasmitió desde lo más profundo y sagrado de su humanidad- es desapropiado y libre frente a los halagos de tener; sencillo y servicial en sus relaciones; fuerte y recio ante dificultades y contrariedades; solidario y comprometido en la construcción de un mundo mejor; sensible y tierno para acoger a todos y querer a cada quien como es; afectuoso y respetuoso con la identidad personal y derechos de cada quien; sereno, pacífico y pacificador con el propio ambiente, y decidido y valiente a la hora de testimoniar las propias creencias¹⁵. Y un amor tal -no cabe duda- rompe los esquemas de todo aquel que se sitúa en una escala de valores que, lejos de situar su norte en el ser, en el crecimiento en identidad humana, se mueve por los deseos de tener, poseer o dominar.

No puede resultar, por consiguiente, extraño que las gentes sencillas de Cádiz, al ver el extraordinario testimonio de donación y sacrificio personal de madre Encarnación, en favor de "sus niñas" la llamaran –en este caso cariñosamente— la loca de la caridad¹⁶.

En las páginas que siguen, -y sobre todo cuando se profundice todavía más en el talante de madre Encarnación

¹⁵ Como resulta evidente estas ocho cualidades del amor son una lectura del mensaje cristianos de las *bienaventuranzas* (cf. Mt. 5, 3-10).

¹⁶ Cf. Testimonios de la hermana Margarita Caballero y de la hermana M^a José López Álvarez.

como testigo fiel del evangelio¹⁷– se podrá ver cómo ese juicio de sus coetáneas no fue ni mucho menos desacertado, sino que con él se sintetizó perfectamente lo que fue su vida toda. Aquí –como simple "aperitivo" de lo que después se dirá–, se trae un testimonio que deja entrever cómo la generosidad, la donación, el celo apostólico y la misma fortaleza para afrontar dificultades, fueron valores presentes en la personalidad de madre Encarnación desde los años de su primera juventud, pues, aún en vida de su madre, dio fehacientes muestras de sentimientos tales como:

• Su amor a la niñez desvalida, su celo por las almas, su capacidad de ofrecer buenos consejos y dar buenos ejemplos, sus irresistibles deseos por llevar un consuelo a cuantos inocentes encontraba viviendo en el olvido o entristecidos por la soledad y el abandono, y su vehemente voluntad por consagrarse de corazón a Dios¹⁸.

Por la gloria de Dios

Dar gloria a Dios no consiste –ni mucho menos– en piropearle o decir de Él alabanzas y cosas bonitas.

Dar gloria a Dios consiste, sobre todo, en contribuir positivamente al embellecimiento de cuanto Él ha creado como impronta de su ser, y de modo particular al embellecimiento de la persona, favoreciendo en un mismo –y en la medida de lo posible en los demás– un crecimiento cada

¹⁷ Cf. más adelante, p. 81-108.

¹⁸ Cf. BBM, p. 8-9.

vez mayor y más auténtico en humanidad, que refleje con nitidez creciente la imagen y semejanza del propio Creador.

Algo de eso es precisamente lo que San Ireneo expresó cuando, en su *Comentario contra los herejes*, proclama que *la gloria de Dios es el hombre viviente*.

También para madre Encarnación la gloria de Dios –ideal y objetivo supremo de todo su apostolado¹⁹– está íntimamente unida a la recuperación, a la salvación integral, de las personas²⁰. Para ella, *gloria divina y bien prójimo* son, en todo momento, "una misma actividad de su carácter celoso y emprendedor"²¹. Y, en consecuencia con este convencimiento, llega a manifestar que el mejor medio para *reparar la gloria de Dios* es precisamente el de *colaborar, con ardiente deseo, en ganarle corazones*²², o, si se quiere, el de contribuir a despertar en las personas la fe en Dios y, desde Él, el aprecio y valoración de la propia vida.

El sueño se hace realidad

Como se sabe²³, Dios mostró a madre Encarnación el camino que tenía trazado para ella, a través de un sueño, que

¹⁹ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Constituciones, cap. I, p. 19 y Documento para las Novicias, en Constituciones, p. 64-65 y BBM, p. 79-80.

²⁰ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Constituciones, cap. II, p. 20.

²¹ Cf. BBM, p. 173.

²² Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Documento para las Novicias*, en *Constituciones*, p. 66.

²³ Cf. arriba: Un sueño trascendental, p. 27.

resultó trascendental para su vida. Este sueño, sin embargo, había que despertarlo, haciéndolo realidad.

Un primer paso fue la fundación de la congregación de las Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María, el 4 de octubre de 1878. Y un primer intento de consolidación y expansión del naciente Instituto lo constituyó, sin duda, la apertura –el 10 de enero de 1879– de una nueva Escuela en el popular barrio de San Severiano, que rigió personalmente la propia madre Encarnación –ante la negativa para atenderla de la hermana Isabel Méndez y de las otras dos primeras compañeras– y que tuvo efímera existencia congregacional, al hacerse cargo de la misma –en octubre del mismo año 1879– unas señoras seglares "de sólida piedad y hábiles para la enseñanza"²⁴.

Todo ello estaba muy bien –y es posible que fuera necesario emprenderlo previamente–, pero "el gran sueño de cuidar y cobijar, de tutelar y encaminar al bien aquel innumerable Rebaño de niñas harapientas, que la Señora le había confiado²⁵, continuaba siendo una "asignatura pendiente", que, además, se hacía muy difícil aprobar después de que el 10 de diciembre de aquel mismo 1879 –cuando acababan de cumplirse catorce meses desde la fundación de la Congregación–, las tres compañeras con que madre Encarnación había emprendido "su aventura" abandonaron los hábitos y la dejaron completamente sola en la atención de la Escuela instalada en la calle Consolación.

²⁴ Cf. BBM, p. 32. Cf. ibidem, p. 27-32.

²⁵ Cf. arriba: Un sueño trascendental, p. 27.

Una vez más, sin embargo, Dios le dio muestras de su cercanía y apoyo, y el 20 de enero de 1880 –tan sólo cuarenta y un día después de su "soledad"– le envió una nueva compañía, en la persona de una joven morenita, que tomó el nombre de hermana Candelaria.

Ante la nueva adquisición, el ánimo de madre Encarnación se fortaleció de modo extraordinario y empezó a ver con claridad que había llegado la hora de llevar a feliz cumplimiento el sueño, que cada vez sentía más vivo en su interior. Bien es cierto que para entonces, ella, "impulsada por su noble y caritativo había empezado a proporcionar algún alimento a las niñas más necesitadas que acudían a las Escuelas de la calle Consolación, pero estaba convencida de que su misión debía extenderse aún más en favor de muchas de aquellas niñas que se encontraban en triste orfandad y que necesitaban el amparo y cariño de personas abnegadas que, haciendo las veces de madres, las tuviesen bajo su tutela, no sólo para el alimento corporal, sino para inculcarles el santo temor de Dios y enseñarles el camino de la salvación"²⁶.

Con todo –y a pesar de los nuevos ánimos recibidos con la ayuda que el Señor le enviaba, "su espíritu se debatía entre el amor que sentía y el temor de no poder alcanzar sus deseos"²⁷.

Movida por tales dudas y temores, consulta –como hacía siempre– al padre Medina quien, viendo la penuria en que se encontraban y sopesando las necesidades económi-

²⁶ Cf. BBM, p. 35.

²⁷ Cf. BBM, p. 35.

cas que conlleva un internado, intentó disuadirla. Ella, sin embargo, no se da por vencida y recurre, con más insistencia a la oración, en la que espera "alcanzar de Dios las gracias necesarias para realizar su sueño"²⁸.

Tal fue su insistencia, que el padre Medina –convencido, quizá, de que tanto empeño no podía ser sino obra del propio Dios– acaba por darle su bendición para el proyecto.

Y como el Asilo le impediría seguir atendiendo adecuadamente las Escuelas que venía regentando en la calle Consolación, n. 11, matricula a las alumnas que estudiaban en ellas, en las escuelas nacionales que se acababan de abrir en un edificio contiguo a la Iglesia de la Palma y de las que era maestra, Dolores Villasante, una de sus tres primeras compañeras en el Rebaño.

Por fin, el 25 de mayo de 1881 madre Encarnación emprende, en los locales ya vacíos de calle Consolación, las necesarias reformas para establecer en ellos el "soñado" Asilo, que comenzó su andadura con treinta niñas huérfanas²⁹.

Pero no se contenta ella con lo conseguido en un primer momento, sino que, "confiando siempre en la divina Providencia, fue acogiendo otras niñas que llegaban, con la seguridad de que no le faltaría lo necesario" ³⁰.

Y fue tal el crecimiento experimentado en poco tiempo por el asilo, que pronto empezó a sentirse la necesidad de contar para el mismo con nuevos y más amplios locales. Y

²⁸ Cf. BBM, p. 36.

²⁹ Cf. BBM, p. 36-37.

³⁰ Cf. BBM, p. 39.

la oportunidad para ello se presentó el año 1882. Para entonces, el Rebaño atravesó un período de relativa tranquilidad y, además el obispo de la diócesis –don Jaime Cataláse mostró dispuesto a apoyar y colaborar con la empresa de adquirir nueva sede para las niñas huérfanas.

Tras varias gestiones –y después de tener que renunciar por imperativos económicos a conseguir la casa apetecida en un principio– se alquiló, por 150 pesetas mensuales –cantidad nada desdeñable para la época– un edificio situado en la calle Puerto –hoy Zorrilla– n. 4.

La nueva sede se recibió en condiciones deficientes, por lo que hubo que empezar por realizar en ella muchas reparaciones que vinieron a agravar, todavía más, la maltrecha situación financiera de la Institución, aunque una vez más la Providencia se hizo presente a través de ayudas extraordinarias.

La inauguración de esta segunda sede³¹ tuvo lugar el 10 de agosto de 1882.

Dado lo reducido de los nuevos locales –en los que ni tan siquiera se disponía de patio ni jardín en el que pudieran expansionarse las niñas– el noviciado quedó instalado en tan solo tres habitaciones, y también el Oratorio tuvo que ubicarse en un espacio pequeño, aunque –eso sí– adornado con toda modestia y esmero y presidido otra vez por

³¹ Aunque la *Guía Rosetty* de Cádiz y su Provincia, editada en 1883, dice que el Asilo estaba ubicado en el n. 14 de la calle Botica, esto, según las averiguaciones efectuadas tiene todas las probabilidades de ser una confusión del editor, quien, al año siguiente –en 1884–anota ya que el Asilo estaba situado en la calle Puerto, n. 4. Aquí mismo lo sigue ubicando la Guía del mismo autor, correspondiente al año 1887.

la imagen de la Divina Pastora, a la que hacían compañía las de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

Al morir –en enero de 1887– la señora doña Dolores Aguirre, habiendo legado todos sus bienes al Rebaño, se tiene la esperanza de poder disponer, por fin, de una sede adecuada para el Asilo, ocupando cuanto antes la Casa de las Columnas, situada en la calle Juan de Andas, pero un pleito interpuesto por los señores de la casa "Tovía y Compañía" impediría a madre Encarnación ocupar aquella magnífica finca recibida en herencia para sus niñas.

Habiéndose perdido el pleito interpuesto y descartada la posibilidad de que el Asilo pudiese establecerse en la Casa que doña Dolores había dispuesto en su testamento, sus albaceas tomaron la determinación de adquirir, como sede del Asilo, otra vivienda ubicada en la calle San Sebastián, n. 5 -actualmente calle Costa Rica y en la que aún continúa establecida la institución benéfica- y el 5 de agosto de aquel mismo año 1887, el obispo hizo entrega de las llaves de la nueva casa a madre Encarnación. Cinco días más tarde -el 10- se trasladaron ya a la nueva sede la madre Encarnación, otra hermana y un grupo de niñas mayores para seguir de cerca, y ayudar en lo posible, en los trabajos de acomodación de aquel edificio a las necesidades del nuevo fin al que se iba a dedicar. Y fue tal el ritmo de las obras, que en los primeros días del mes de enero de 1888 quedaron instaladas en calle San Sebastián todas las hermanas y niñas internas que, para entonces, constituían la institución. Dos años más tarde -el 12 de abril de 1891, festividad de la Madre del Buen Pastor- se bendijo con toda solemnidad la capilla de la casa.

Con la llegada a la diócesis del nuevo obispo -don José Mª Rancés- se agiliza la formación del Patronato previsto por doña Dolores para administrar los bienes destinados al Asilo, y una de las primeras previsiones de dicho Patronato es la de construir -allí mismo en los locales de calle San Sebastián- un dormitorio para diez niñas huérfanas, hijas de Cádiz y escogidas entre las cincuenta y tres internas con que, para entonces, contaba la institución. El nuevo dormitorio quedó instalado definitivamente el 1 de enero de 1901 y, con la subvención que el Patronato daba para el mantenimiento de las niñas "becadas", la situación económica de madre Encarnación se vio un tanto aliviada, pudiéndose, sin duda, afirmar que el "sueño" de madre Encarnación había empezado a ser ya una feliz realidad. Una realidad, en la que se respiraba el clima de confianza y abandono en Dios, que deja entrever este testimonio:

• En medio de las grandes penalidades que madre Encarnación y las primeras hermanas tuvieron que afrontar para llevar adelante la obra que Él mismo les había encomendado, ellas constantemente bendecían a Dios, con gran alegría, por sus bondades, y le daban gracias y le alababan por sus innumerables y continuos beneficios³².

³² Cf. BBM, p. 39.

Dios se esconde

En realidad, no es Dios quien se esconde, sino que es más bien el hombre quien, en algún momento, por lo general oscuro de su propia existencia, llega a pensar que así ha sido.

En la vida de madre Encarnación, como en la vida de los otros fundadores religiosos, el sufrimiento, la sensación de abandono, de soledad y de noche oscura del alma, en definitiva, la cruz cristiana, con sus distintos rostros y matices, se hizo presente con todo su dramatismo, especialmente en la época fundacional de su Congregación y del primer Asilo.

Ya cuando el obispo fray Félix bendijo la fundación del Instituto había advertido a madre Encarnación:

 No se me ocultan las penalidades y sacrificios que encontraréis en el comienzo de la vida, pero Dios, que es Padre de Misericordia, derramará a manos llenas su protección divina, en la gran empresa de educar a la niñez y de recoger a tantas inocentes que viven en la orfandad, sumidas en la mayor miseria³³.

Y bien pronto, tuvo, madre Encarnación, la oportunidad de comprobar cuánta verdad profética encerraban las palabras del obispo.

La dejan sola

Poco después de haber emprendido su "aventura" fundacional –cuando aún ella y sus primeras tres compañeras estaban viviendo las primicias de su compromiso esponsal

³³ Cf. BBM, p. 19-20.

con Cristo, en esa etapa de "noviazgo con Dios", que la religión llama noviciado—, madre Encarnación presintió que algo muy grave amenazaba al naciente Instituto, porque "veía cómo se iban enfriando los ánimos de sus primeras hermanas, de aquellas que habían formado con ella la primera comunidad del nuevo redil. Veía hasta qué punto ellas se sentían recelosas de un posible desarrollo de la obra por falta de medios"³⁴.

Ante tal situación de desaliento y desesperanza, "los más solícitos cuidados de madre Encarnación se encaminaron a levantar el espíritu de sus queridas hermanas, sabiendo como sabía la lucha que sostenían en su interior, y conociendo también que pensaban abandonar el Instituto por falta de medios con que poder sostener la Congregación" 35.

A pesar de ello, sus cuidados y desvelos sirvieron de bien pues aquellas hermanas no estaban preparadas para confiar plenamente en la Providencia y creer con fe firme y esperanza cierta –como sí lo hacía madre Encarnación– en las palabras de Cristo: "Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá"³⁶. Y, como ya se ha dejado dicho³⁷, el 10 de diciembre de 1879 la *dejaron sola*.

Y no fue ésta la única vez que tal cosa sucedió, pues también las vocaciones que llegaron en 1882 –coincidiendo más o menos con el traslado del Asilo a la calle Puerto– se

³⁴ Cf. BBM, p. 26.

³⁵ Cf. BBM, p. 33.

³⁶ Cf. BBM, p. 33.

³⁷ Cf. arriba, El sueño se hace realidad, p. 52.

fueron desanimando ante las privaciones a que se vieron sometidas y se fueron retirando, dejándola otra vez sola³⁸.

Con todo, no fue esa "soledad" fraterna la que más la descorazonó y le hizo sufrir y experimentar, de alguna manera, la sensación de que todo se tambaleaba a su alrededor y de que el propio Dios -cuya Providencia nunca le había dado la espalda- parecía ocultarse, haciéndole saborear la amargura y sequedad de esas "noches oscuras" que han distinguido, por lo general, la vida más íntima de los "amigos de Dios". Y la, sensación de esta nueva forma de soledad -verdaderamente lacerante para ella- la sintió ante la actitud del propio padre Medina, quien, después de intentar que "ella se desentendiera de todo y marchase a casa de sus familiares"39, se ausentó y dejó de frecuentar el Rebaño durante unos meses, que, además, fueron especialmente difíciles, pues coincidieron con una epidemia de cólera que, asoló a la ciudad y complicó, si cabe aún más, la adquisición de limosnas⁴⁰.

La visita la enfermedad

A la cruz de la soledad se unió, en madre Encarnación, la de la enfermedad. Una enfermedad –provocada en gran medida por el duro y constante trabajo que se imponía para recabar cotidianamente los medios necesarios para la subsistencia del Asilo, por la floja y escasa alimentación que

³⁸ Cf. BBM, p. 42-43.

³⁹ Cf. BBM, p. 45.

⁴⁰ Cf. BBM, p. 57.

se permitía y por el insuficiente abrigo que se procuraba en los fríos días de invierno— que acabó postrándola en la cama por espacio de un mes.

En tan delicada situación –en la que los médicos le recomendaban reposo absoluto–, su espíritu, lejos de sosegarse, sintió creciente intranquilidad y desaliento por la suerte de sus niñas, tal como ella misma confesó con el tiempo, recordando tan tristes momentos:

 Nunca he sentido tanta pena y tristeza como entonces, pues me preocupaba qué sería de aquellas inocentes criaturas que, con tanto trabajo y cariño, había cobijado, yo, en aquel recinto, en el que estaban protegidas de muchos peligros que podían acecharlas fuera⁴¹.

Pero Dios –que lejos de abandonar a sus hijos en dificultad, los mima entonces de manera especial y los carga incluso en sus brazos, aunque ellos no lo perciban–, se hizo presente, en medio de la angustia en que se sentía madre Encarnación, por medio de un *cireneo* que respondía al nombre de sor Ciriaca Goñi, superiora de Hospital San Juan de Dios. Esta religiosa –pasmada de la extrema pobreza en que la encontró, pues en su afán por darlo todo a sus niñas, no disponía sino de un simple jergón sobre tablas y no tenía ni ropa de cama– se convirtió en su enfermera particular, la proveyó de una cama digna y ropas decentes y le proporcionó una alimentación adecuada⁴².

⁴¹ Cf. BBM, p. 46.

⁴² Cf. BBM, p. 45-46.

Los bienhechores se esfuman

Otro motivo de sufrimiento y desasosiego lo constituyó para madre Encarnación la retirada de bastantes de sus tradicionales bienhechores.

Para una obra como la suya, dependiente en todo y para todo de la generosidad y bondad de los corazones que la Providencia suele mover para cumplir sus "compromisos", es fundamental que tales corazones se mantengan en actitud activa de escucha y de compromiso. Y si bien es verdad que los bienhechores se portaron muy bien con madre Encarnación "extremando su generosidad, cuando estuvo enferma y prodigándole suficientes limosnas para el sostenimiento del Asilo en tan dolorosas circunstancias" también hay que reconocer que no siempre fueron constantes en sus donativos.

Ya en los primeros años de su obra benéfica, madre Encarnación comprobó con pena cómo, enfriado un tanto el entusiasmo inicial que el Asilo había suscitado en las gentes pudientes de Cádiz, "algunos de los mejores bienhechores habían ido echándose atrás, bien por cansancio, bien por reveses de la fortuna que les afectaban"⁴⁴.

Sin embargo, lo peor en ese sentido estaba aún por llegar, pues una nueva y grande deserción de bienhechores y limosnas se produciría en 1887, a raíz de la herencia recibida de doña Dolores Aguirre. Pensaron entonces muchos que con aquella herencia el Asilo tendría medios más que sufi-

⁴³ Cf. BBM, p. 46.

⁴⁴ Cf. BBM, p. 26.

cientes para subsistir y no necesitaba ya de otras ayudas⁴⁵. En fin, que lo que doña Dolores había querido que fuese una "gracia", acabó siendo, en muchos sentidos, motivo de nueva desazón y sufrimiento para madre Encarnación, que bien pronto pudo comprobar cómo las rentas del legado no permitían –ni mucho menos– el mantenimiento de las niñas huérfanas, teniendo que continuar, en consecuencia, multiplicando sus desvelos y trabajos para despertar los corazones de las gentes y pudiesen así escuchar de nuevo los reclamos que les hacía la Providencia.

Algunas hermanas se rebelan⁴⁶

Allá por el año 1906, cuando la Congregación parecía ya suficientemente arraigada y asentada, madre Encarnación experimentó un nuevo motivo de dolor y sufrimiento. En esta ocasión la cruz no era ni el sentimiento de soledad, ni la enfermedad, ni tan siquiera la escasez de medios. Se trataba de algo, si se quiere más doloroso aún, para el ánimo humano. Se trataba de la ingratitud de quien venía comiendo el mismo pan y untando en el mismo plato⁴⁷.

Algunas hermanas –sobre todo, dos en concreto–, a pesar de haber compartido las estrecheces y pobreza de madre Encarnación desde casi los inicios y a pesar de ser testigos privilegiados de sus sufrimientos y desvelos, no tenían

⁴⁵ Cf. BBM, p. 64 y 68.

⁴⁶ Cf. BBM, p. 141-148.

⁴⁷ Mt. 26, 23; Mc. 14, 20 y Jn. 13, 26.

buenas intenciones y llegaron a poner en grave peligro la estabilidad del Instituto.

Llevadas por esa vanidad –que suele cegar tanto más a la persona cuantos menos valores posee y tiende a culpar a otros de la pobreza de la propia personalidad– llegaron a considerar que madre Encarnación no las apreciaba lo suficiente y, por lo tanto, no les confiaba los cargos para los que ellas se sentían capacitadas y de los que, además, se consideraban merecedoras.

En su engreimiento –revestido por ellas mismas de injusta afrenta a su propia valía y méritos– elevaron sus quejas y protestas a instancias superiores, que –a su vez– requirieron la intervención del padre Medina, como director que era de la Congregación.

Cuando madre Encarnación se enteró de lo que se estaba tramando a sus espaldas y de las concretas acusaciones, y calumnias que se hacían contra ella, se limitó a decir con el corazón apesadumbrado:

• Esta es una nueva prueba que el Señor me envía. Él saldrá en mi defensa. Yo, por mi parte, esperaré con paciencia lo que quiera enviarme⁴⁸.

En enero de 1907, se presentó en la Casa-Madre un canónigo, enviado por el obispo, quien realizó una concienzuda Visita Canónica a la Congregación, entrevistándose personalmente con las hermanas y deteniéndose de modo particular con madre Encarnación, a quien hizo sabedora

⁴⁸ Cf. BBM, p. 143.

oficialmente de las quejas y acusaciones que contra ellas se habían formulado. Una vez más, ella se limitó a decir:

Animemos nuestros espíritus, queridas hermanas. Trabajemos con denuedo en nuestra salvación. Pidamos al Señor por nuestra amada Congregación, seguras de que Él la bendecirá y hará que produzca frutos de vida eterna⁴⁹.

Soledad, enfermedad, extrema falta de recursos y rebelión interna fueron, pues, las principales formas que fue adquiriendo la cruz que tuvo que cargar madre Encarnación. Esta cruz, sin embargo, lejos de doblegar su ánimo, lo fue fortaleciendo con una reciedumbre tal de carácter que, como se verá⁵⁰, fue uno de los principales distintivos de su personalidad. Y esto fue así porque:

Cuanto más grandes fueron sus sufrimientos, tanto más creció su confianza en Dios y se agarró a Él con más firmeza y energía⁵¹.

La fundación se asienta

En 1891, con la aprobación –el 3 de febrero– de las Constituciones del Instituto, la solemne bendición de la capilla del Asilo en su sede definitiva –que tuvo lugar el 12 de abril– y la profesión pública y solemne de los votos religiosos de madre Encarnación –celebrada el 12 de agosto– se puede

⁴⁹ Cf. BBM, p. 147.

⁵⁰ Cf. más adelante, Fuerte para amar, p. 85-88.

⁵¹ Cf. BBM, p. 45.

dar por concluida la etapa propiamente fundacional del Rebaño de María.

Pero no todo podía limitarse a lo logrado hasta aquel momento.

Los carismas son regalos que Dios hace al hombre concreto o –como en este caso– a una Congregación religiosa, para que, a su vez, sean regalados y enriquezcan a los demás. Son, pues, *regalos para regalar*, que sólo benefician en verdad a quienes los han recibido –a sus primeros depositarios– en la medida que ellos mismos son capaces de transmitirlos. Además –y por su propia naturaleza de ser regalos de Dios para el bien común, como anota el apóstol Pablo⁵²– tienen siempre una vocación universalista y están, por ende, llamados a ir adornando con su diversidad y belleza individual a la Iglesia universal, a la sociedad humana, sin fronteras de raza, cultura o nación.

Precisamente por todo ello, madre Encarnación se sintió impulsada, con la gracia del Señor, a extender el don recibido, respondiendo positivamente a las llamadas que iban llegándole y que ella consideraba incluidas en su específico carisma.

Y su respuesta tuvo como fruto –sin contar el primer intento de expansión del que ya se ha hablado y que resultó efímero⁵³– las fundaciones que ahora se especifican.

⁵² Cf. 1Co. 12, 7.

⁵³ Cf. arriba, El sueño se hace realidad, p. 52.

Cádiz. Colegio Ntra. Sra. de las Mercedes54

La primera expansión propiamente dicha de la Congregación de Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María tuvo lugar el 21 de junio de 1891, cuando cuatro hermanas, enviadas por madre Encarnación, se hicieron cargo del Colegio Nuestra Señora de las Mercedes que habían venido atendiendo las religiosas mercedarias.

Además de impartir, en horario diurno, clases a párvulos y a escolares de primaria, recibían también educación e instrucción otras jóvenes en horario nocturno. Se ponía así en marcha otro de los anhelos más queridos de madre Encarnación, que, "no se contentaba con instruir a la niñez y acoger y cuidar a las huérfanas, sino que deseaba ampliar el apostolado del Instituto, dedicándose asimismo a la promoción de la mujer, mediante la enseñanza de jóvenes obreras⁵⁵.

Poco después de la llegada de las hermanas, se instalaron, en los locales del centro educativo, un comedor que distribuía a medio día alimentación para cincuenta niñas necesitadas, y un taller de costura que, bajo el nombre de *Santa Rita*, enseñaba costura a madres de familia.

Puerto de Santa María. Hospital San Sebastián⁵⁶

Trascurridos dos años y medio de la anterior fundación, el 16 de febrero de 1894 las hermanas se harían cargo, a ins-

⁵⁴ Cf. BBM, p. 88-89.

⁵⁵ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Constituciones*, cap. I, p. 19. Cf. también BBM, p. 171-172.

⁵⁶ Cf. BBM, p. 109-111.

tancias de la Junta Provincial de Beneficencia, del Hospital San Sebastián, ubicado en el Puerto de Santa María.

Se completaba así el abanico misional que madre Encarnación había pensado para la Congregación, que –junto a la instrucción, y en su caso acogida, en régimen de internado, a huérfanos y expósitos, y a la culturización y promoción de las jóvenes trabajadoras– debería dedicarse también a la asistencia de enfermos⁵⁷.

A partir de 1917, las hermanas que atendían este hospital recogieron e instruyeron además, en locales adyacentes al mismo, niñas desamparadas. Pero esta labor en favor de las niñas hubo que dejarla, en 1926, dado el lamentable estado material de las instalaciones.

Puebla de Cazalla. Colegio San Francisco de Paula⁵⁸

Tan sólo cuatro meses después de fundar en el Puerto de Santa María, las hermanas extendieron su radio de acción a Puebla de Cazalla, donde –el 20 de junio de 1894– fueron solicitadas por el cura de la población y seis días más tarde –el 26– se establecía allí la comunidad.

Esta nueva presencia suponía, de alguna manera, volver a las raíces, pues el propósito de aquel colegio –con clases diurnas para párvulos y niñas mayores, y nocturnas para trabajadoras– era contrarrestar la influencia de las escuelas protestantes, aún presentes en el pueblo.

⁵⁷ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. I, p. 19.

⁵⁸ Cf. BBM, p. 117-118.

A los dos años de la llegada de las hermanas al lugar –y dado que el local inicial resultaba ya insuficiente para el número de niñas y jóvenes matriculadas–, se trasladó el centro escolar al antiguo Convento de San Francisco de Paula, que fue traspasado a la Congregación junto a la Iglesia de la Victoria, adyacente al mismo. El traslado tuvo lugar el 21 de julio de 1896.

La fundación de Puebla de Cazalla –ubicada en la provincia de Sevilla– constituyó la primera presencia del Rebaño fuera de las tierras gaditanas. Con ella, pues, la Congregación superaba una primera frontera territorial.

Arahal. Hospital Santa Caridad y Misericordia⁵⁹

El 7 de noviembre de 1897 –y por mediación de los capuchinos de Sevilla– se solicitó la colaboración de las hermanas para hacerse cargo del Hospital Santa Caridad y Misericordia de Arahal, cuya gestión acababa de dejar otra congregación religiosa.

Estudiada la oferta, y con el parecer favorable del gobierno central de la Congregación y el beneplácito de madre Encarnación, quien consideraba una gracia poder ir desarrollando la misión que el Señor le había encomendado, por más que esta nueva fundación –como las otras emprendidas con anterioridad– no fuera ventajosa, económicamente hablando, pues esta nueva presencia era tan pobre, que no dejaba de constituir un motivo más de fe y esperanza en la Providencia.

⁵⁹ Cf. BBM, p. 120-122.

El hospital tenía una capacidad total de veintinueve camas, divididas entre las salas de mujeres y hombres. Su manutención dependía de la Hermandad del Señor de la Misericordia, establecida en la iglesia del propio hospital.

Al poco de iniciar la comunidad su presencia en el hospital, las hermanas –respondiendo a la llamada de lo más propio y característico de su carisma y misión– abrieron, en locales de la planta baja pertenecientes al centro hospitalario, –pero independientes del mismo– una escuela de párvulos para niños pobres. Esta obra educativa que, con el tiempo, se denominó *Colegio San Roque*, se ampliaría más tarde, abriendo otras escuelas en la parte opuesta del hospital. Pero este Colegio hubo que cerrarlo, por falta de medios, el 5 de febrero de 1905.

Medina Sidonia. Asilo y Hospital Amor de Dios⁶⁰

El 5 de octubre de 1900, salieron de la Casa-Madre, cuatro hermanas, para hacerse cargo del Asilo de Huérfanos y Hospital Amor de Dios de Medina Sidonia. Era la cuarta comunidad abierta, en aquel momento, en tierras gaditanas.

La petición de esta fundación había partido del arcipreste de la localidad.

El estado en que se encontraron las instalaciones era deplorable, por lo que lo primero que tuvieron que hacer es iniciar una verdadera "cruzada de limpieza", que duró varios meses.

⁶⁰ Cf. BBM, p. 127-129.

Por fin, ya todo adecentado, se pudieron recibir de nuevo enfermos y niñas huérfanas. Entre estas últimas, hubo un caso que requirió especiales cuidados y cariño por parte de las hermanas. Se trató de dos niñas tan famélicas, al llegar, que ni tan siquiera se podían mantener en pie.

La Campana. Colegio y Hospital⁶¹

Casi contemporaneamente con la anterior fundación de Medina Sidonia, fueron requeridas las hermanas –dentro aún de 1900– por el párroco de la localidad sevillana de La Campana para establecer un colegio y reabrir el hospital del pueblo.

La situación escolar de la villa era muy lamentable en aquellos momentos, pues las únicas escuelas abiertas eran las de los protestantes y eran escasos los alumnos que las frecuentaban.

Los recursos de que se disponía para poner en funcionamiento la escuela eran casi nulos, pero las hermanas, lejos de desanimarse, se fiaron absolutamente de la Providencia una vez más –aleccionadas, sin duda, por madre Encarnación– y pusieron de su parte la colaboración necesaria para poder abrir aquella escuela, que, en poco tiempo, contó con más de trescientas matrículas.

También pusieron en funcionamiento el Hospital, cubriendo sus gastos el Ayuntamiento.

Diez años más tarde, sin embargo, a causa de la situación política del pueblo y la oposición de las autoridades

⁶¹ Cf. BBM, p. 129-130 y 163-164.

locales a todo lo que sonase a religión, las hermanas se vieron obligadas a dejar esta presencia, en la que se estaba haciendo mucho bien, tanto a enfermos, como a escolares. La marcha de las hermanas tuvo lugar el 12 de septiembre de 1910.

Palma del Condado. Hospital Jesús⁶²

En una visita que madre Encarnación hizo al padre Medina en su habitación de enfermo, éste le comentó la oferta de una nueva fundación en la provincia de Huelva y concretamente en Palma del Condado.

Se trataba de atender el Hospital Jesús de dicha población y de abrir y dirigir una escuela gratuita para niñas. Todo el proyecto contaba con la subvención de un acaudalado señor del lugar.

Concluidos los trámites necesarios, el 30 de mayo de 1905 se hicieron presentes en el pueblo las hermanas.

La vida de esta fundación en sus primeros años fue "boyante" para la extrema pobreza a que estaban habituadas las hermanas tras la estela de madre Encarnación. Y esto era así, porque el promotor y principal bienhechor de la obra –don Antonio Soldán Sotelo– mimaba aquella presencia y, en especial, en todo lo relativo a la enseñanza de los párvulos. Pero –en agosto de 1910– el bienhechor falleció sin tiempo para testar y su heredera no sólo no estaba dispuesta a seguir apoyando los proyectos de su padre, sino que incluso pretendía la retirada de las hermanas, a las que

⁶² Cf. BBM, p. 139-140, 162-163 y 165-170.

suprimió toda subvención y, llegado el momento, no les permitió tan siquiera sacar de la casa todo lo que legalmente les pertenecía.

Ante esta adversidad e injusticia, el pueblo –al que las hermanas habían ganado el corazón con su buen hacer durante el lustro trascurrido— se apiñó junto a ellas y se consiguieron nuevos locales para la comunidad y para el colegio. La nueva sede quedó bendecida e inaugurada el 8 de mayo de 1911 y, poco a poco, fue aumentando el número de matrículas, sumando a los párvulos y alumnos gratuitos, otros de pago.

Meses después de la inauguración de la nueva casa, la comunidad tuvo la inmensa dicha de recibir la visita de la fundadora. Era el 16 de septiembre del mismo año 1911. En este viaje, madre Encarnación experimentó, entre otras muchas, la gran satisfacción de comprobar cómo la Providencia sigue siempre de cerca los pasos de quienes confían en ella, pues el médico del pueblo –don Juan Díez– se comprometió entonces a dotar a las hermanas de un nuevo edificio, en el que dispondrían de más amplitud de locales tanto para la comunidad, como para el colegio. Y fiel a su promesa, así lo hizo, trasladándose de nuevo las hermanas, que pasaron a habitar, llegado el momento, en la calle Sevilla, n. 13.

Pasados más de diez años desde el anterior traslado, el Colegio se instaló –el 16 de julio de 1923– en una nueva y más amplia sede, gracias a la Fundación hecha por don Juan Espina y doña Manuela Díaz.

Con la fundación de Palma del Condado, la Congregación de madre Encarnación se encontraba ya presente en tres provincias españolas.

Ubrique. Asilo de Ancianos⁶³

A principios de 1907, fue solicitado el concurso de la Congregación para hacerse cargo del Asilo de Ancianos del lugar, que, para entonces, disponía de dieciocho plazas.

La llegada de la nueva comunidad tuvo lugar el 23 de enero de 1907.

Fue ésta la última fundación en la que aún intervendría el padre Medina, fallecido en diciembre del siguiente año 1908.

Sevilla. Clínica La Salud⁶⁴

Tras las fundaciones de Arahal, Puebla de Cazalla y La Campana⁶⁵, se pidió a la Congregación –a principios de agosto de 1914– una nueva presencia en tierras sevillanas. Ahora, además, se trataba de establecerse en la propia capital, haciéndose cargo de la Clínica La Salud, dirigida por el doctor Eduardo Fedriani, que había cursado la solicitud.

La llegada de la comunidad a la mencionada Clínica tuvo lugar el 17 de septiembre de aquel mismo 1914.

⁶³ Cf. BBM, p. 149-150.

⁶⁴ Cf. BBM, p. 175-176.

⁶⁵ *La Campana*, como se sabe, ya estaba cerrada, cuando se solicita ésta de Sevilla.

Sería la última presencia iniciada en vida aún de madre Encarnación.

Pasando el testigo

Con los importantes acontecimientos acaecidos en 1891 se concluyó de algún modo, como se sabe, la "aventura fundacional" emprendida por madre Encarnación y se marcó el inicio del asentamiento y expansión del Instituto, como se acaba de ver⁶⁶.

En ese asentamiento del Instituto, se produjeron también acontecimientos, que fueron dejando constancia de su creciente madurez interna. Entre ellos, cabría señalar especialmente:

- La profesión pública y solemne –el 2 de febrero de 1892– de las hermanas que venían acompañando con fidelidad el caminar de madre Encarnación. Ellas venían a completar la "normalidad constitucional", puesta ya en acción con la profesión de votos de la fundadora, realizada medio año antes.
- El creciente aprecio, reconocimiento, admiración y cariño de las hermanas todas hacia la persona de madre Encarnación. Estos sentimientos empezaron a exteriorizarse de forma extraordinaria con la alegre, festiva y feliz celebración de su fiesta onomástica.

La primera vez que dicha fiesta tuvo lugar, fue el 25 de marzo de 1893. Aquel día debió ser uno de los más felices de madre Encarnación. Feliz y sonriente, asistió a todos los

⁶⁶ Cf. arriba, La fundación se asienta, p. 65-74.

actos programados, escuchando con atención y agrado las palabras y coplas que le dedicaron, y mirando, embelesada, y con el amor propio de una madre para con sus hijos, a las niñas que, con cariño y alegría, la rodeaban⁶⁷.

A partir de entonces esta fiesta se institucionalizó –sin perder para nada el aire familiar y tierno–, siendo cada año más solemne y festiva.

Mientras tanto, con el paso del tiempo, las fuerzas de madre Encarnación se fueron debilitando, como era natural y, aunque se mantuvo activa y "al pie del cañón" casi hasta el final, atendiendo las cuestiones ordinarias del Instituto y dirigiendo personalmente esa expansión geográfica del carisma que se acaba de ver, comprendió que tenía que ir traspasando empeños, responsabilidades y tareas a sus hermanas, cuyo número, gracias a Dios, iba aumentando y sobre todo consolidando en fidelidad.

Ya en diciembre de 1911 se le presentó, con leve fiebre, un proceso catarral que venía siendo endémico en ella todos los años, al llegar el invierno y que era, en definitiva, el resultado de los esfuerzos y trabajos que –sin pensar en sí misma y en su bienestar físico– se había impuesto en los años heroicos de los inicios del Asilo, para conseguir las ayudas necesarias para alimentar cada día a "sus niñas" y hacer frente a los gastos más ineludibles y perentorios.

En esta ocasión, sin embargo, el cuadro médico se agravó mucho más de lo que venía siendo "normal" y se le diagnosticó un debilitamiento del corazón, que le provocó un serio desmayo⁶⁸.

⁶⁷ Cf. BBM, p. 101-103.

⁶⁸ Cf. BBM, p. 172-173.

Tres años y medio más tarde, después de haber venido notando una cierta nubosidad en la vista, le sobrevino un fuerte dolor en el ojo izquierdo y perdió instantáneamente la visión en el mismo. Sucedía esto en abril de 1915.

Días después del anterior percance, cuando se disponía a firmar un escrito que le había presentado su secretaria, perdió ya totalmente la vista, en medio de fortísimos dolores⁶⁹.

Coincidiendo con la pérdida de la visión, su cuerpo se paralizó casi por completo, aunque su espíritu y claro entendimiento se mantuvieron hasta los últimos momentos.

Cuando presintió próximo su final, ella misma destruyó cartas y escritos que conservaba del obispo fray Félix, que había sido su director espiritual durante los años fundacionales. Fue en uno de estos días cuando se despidió de sus hermanas con estas palabras que quedaron recogidas después en el recordatorio de su defunción:

• No desmayéis -les dijo-, continuad esta obra que os dejo empezada, que es de Dios.

Adiós, hijas queridas, pronto nos volveremos a ver. Vivid dentro de la llaga del costado del Divino Esposo. Que allí sintáis, penséis, améis, sufráis y allí os toleréis.

No lloréis. Yo voy al Señor, voy a esperaros en la gloria. Yo muero, pero mi amor no muere. Os amaré desde el cielo, como os he amado desde la tierra. Y velaré por vosotras y por mi amada Congregación⁷⁰.

⁶⁹ Cf. BBM, p. 176-177.

⁷⁰ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Escritos de Madre Encarnación, p. 57.

El 23 de noviembre de 1917, su estado se agravó hasta el extremo. Inmediatamente fue llamado su confesor, que la atendió.

Al día siguiente –el 24– el padre Cortés, el director de la Congregación que había sustituido al padre Medina, le llevó el Viático y le administró la extremaunción. Esa misma noche, cuando tan sólo faltaba media hora para el domingo 25 de noviembre⁷¹, se consumó su pascua, en medio de una placidez extraordinaria, y rodeada de la cercanía y cariño de sus hijas. Al morir la Congregación contaba con nueve comunidades⁷² distribuidas en tres provincias españolas⁷³.

Cuando estaba para cumplirse el primer mes desde su fallecimiento, una devota admiradora suya publicó en el *Diario de Cádiz* un artículo titulado –no sin intención–*Una santa mujer*. En él, escribe, entre otras cosas:

• Si la abnegación, si el sacrificio, si el amor al prójimo y la constancia en el bien, autorizan a creer en la santidad de una persona, bien se puede llamar santa mujer a la hermana Encarnación que acaba de fallecer⁷⁴.

⁷¹ Esta cercanía horaria al domingo, hizo que el *Diario de Cádiz* datase su fallecimiento el *25 de noviembre*, cuando en realidad fue el *24*, a las 23,30 horas (cf. *Diario de Cádiz* de los días 25 y 26 de noviembre de 1917).

⁷² Se trataba de las dos de *Cádiz* –el Asilo de calle San Sebastián y el Colegio Ntra. Sra. de las Mercedes–, la del *Puerto de Santa María*, la de *Puebla de Cazalla*, la de *Ubrique*, la de *Medina Sidonia*, la de *Arahal*, la de *Palma del Condado* y la de *Sevilla*.

⁷³ Cinco estaban en la provincia de Cádiz; tres, en la de Sevilla, y una, en la de Huelva.

⁷⁴ Cf. Biedma, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, n. 24. 949 del domingo 16 de diciembre de 1917.

Años más tarde –el 21 de noviembre de 2007– se iniciaban los trámites para abrir su *Proceso de Canonización*, con el nombramiento, por parte de la Superiora general, del Postulador. Nombramiento que recayó en el capuchino, padre Alfonso Ramírez Peralbo.

A partir de ese momento, todo empezó ya a ponerse en marcha y, tras la petición oficial de la apertura de la Causa –realizada el 28 de mayo de 2009– y la obtención del "Nihil obstat" por parte de la Congregación para las Causas de los Santos, que se produjo el 25 de septiembre, el señor obispo de Cádiz decretó –el 8 de diciembre del mismo 2009– la apertura del Proceso, que se celebró once días después –el 19– en la Parroquia de Nuestra Señora del Rosario de Cádiz.

Durante el año 2010 se realizó el Proceso, que se clausuró solemnemente el 19 de diciembre de ese mismo año 2010 en la Capilla de La Madre del Buen Pastor, que las hermanas tienen en la calle Trille, n. 13 de Cádiz.

Ahora resta que el Proceso siga en Roma su itinerario natural en la Congregación para las Causas de los Santos. Este itinerario tendrá como hitos más significativos: la confección y publicación de la correspondiente *Positio sobre las virtudes* de madre Encarnación; la declaración de *Venerable* tras la aprobación de la mencionada Positio y consecuente reconocimiento de que ella vivió en grado heroico las virtudes cristianas, la *Beatificación*, tras la aprobación oficial de una gracia extraordinaria lograda de Dios por la intercesión de madre Encarnación, y finalmente, llegado el momento, su *Canonización*, previo el reconocimiento de otro milagro logrado por su intercesión.

CAPÍTULO IV

TESTIGO FIEL DEL EVANGELIO

La vida de madre Encarnación es un reflejo del evangelio, del que ella fue, sin duda, un fiel testigo.

Su personal seguimiento de Cristo lo realizó tras la estela de Francisco de Asís, cuyo ideal de vida fue, precisamente, la radicalidad evangélica, el observar el mensaje de Cristo "a la letra y sin glosa".

Ya de pequeña fue formada en el espíritu franciscano por las hermanas de la Tercera Orden Seglar Franciscana que regentaban la escuelita que ella frecuentó en su lugar natal y, cuando le llegó la hora de alumbrar el carisma que el Espíritu había ido engendrando en su interior, puso de manifiesto la orientación franciscana del Instituto que Dios había querido fundar por mediación suya, tomando al santo de Asís como *modelo de pobreza*¹ y *ejemplo de decoro litúrgico*², propagando devociones de claro origen francis-

¹ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Propósito del 6º día de Ejercicios de 1879*, en *Escritos de Madre Encarnación*, p. 4.

² Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Regla de la Sacristana*, en *Constituciones*, p. 48-49.

cano –como el *Vía Crucis*³ o la *Corona Franciscana*– y dando especial solemnidad a la festividad del Santo⁴.

Con todo, donde se puede apreciar de una manera más clara el arraigo del espíritu franciscano en madre Encarnación es en los valores que identificaron su crecimiento personal y distinguieron su actuación apostólica.

Tales valores –característicos también en Francisco –y, por ende profundamente evangélicos como todo lo suyo-fueron fundamentalmente los que aquí se irán resaltando.

Portadora de misericordia

El amor es el distintivo por excelencia de toda identidad y acción cristiana. Pero la prueba definitiva para calibrar la autenticidad del amor que Cristo exalta está en las *bienaventuranzas*, cuyos ocho matices son como el *arco iris* que le confieren su característico colorido.

Puede suceder –y en realidad así sucede dentro de la rica variedad de la *vida humana y de los mismos carismas*– que la tonalidad lograda sea un tanto diferente, de acuerdo a los matices más destacados en el mismo, pero también los otros matices –menos evidentes, si se quiere, en un primer momento– tienen que estar presentes en la vivencia personal del amor, si verdaderamente quiere merecer el sello de cristiano, que, por lo demás, no es ningún sello distinto al de la auténtica identidad humana.

³ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. VI, p. 23.

⁴ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Constituciones, cap. VI, p. 24 y 19ª Advertencia General, en Constituciones, p. 39.

En la personalidad –humana y espiritual, a un tiempo– de madre Encarnación destacó de manera singular y extraordinaria el matiz de la *misericordia*, de esa *capacidad de querer al otro "como es"*, de apreciarlo en su individualidad y de volcarse tanto más en él, cuanto mayores y más perentorias sean sus carencias.

No cabe duda, desde esa perspectiva, que madre Encarnación hizo vida en sí misma esta petición que cotidianamente hacía en sus rezos:

 Que tu Hijo, Señora, visitándome misericordioso, me llene de una caridad tan perfecta, que me alegre del bien de mi prójimo⁵.

Y estimulada por ese sentimiento de *amor* "a la medida" de las necesidades del otro, y adornada con una especial sensibilidad para percibir los problemas más acuciantes del entorno y ofrecerles una ayuda eficaz, "consagró su vida a la caridad, centrando todos sus esfuerzos, todos sus empeños, en salvar de la miseria, del abandono, de la ignorancia, a las niñas, en la edad que más necesitan el calor del hogar, el cuidado de los padres, los ejemplos del bien, y que, por el contrario, se encuentran a merced del azar, sin cariño y sin pan y crecen sin una educación que las guíe en la vida y sin una ternura que las sostenga"⁶.

Esa su capacidad de amar y de darse a los demás de acuerdo a sus propias carencias, de quererlos en la medida

⁵ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Ofrecimiento del 2º misterio de la Corona Franciscana, en Constituciones, p. 73.

⁶ Cf. BIEDMA, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, n. 24.949 del domingo 16 de diciembre de 1917.

que ellos necesitaban ser queridos en ese momento concreto de su existencia, aunque se orientó siempre de modo principal a "sus niñas" —que fueron en todo momento las grandes privilegiadas de su cariño, generosidad y donación—, no se quedó encerrada entre las tapias y paredes de su Asilo, sino que las trascendió con decisión. Y así, en su amor universal, encontraron también eco las necesidades de quienes la rodeaban.

Las gentes de Cádiz, y sobre todo los más necesitados del entorno, "acudían a ella para recabar socorro. Y ella, que casi no tenía para vivir, pero tenía ilimitada confianza en Dios, depositaba en la mano de quien le pedía, cuanto encontraba en su bolsillo, imitando así a la viuda del evangelio".

Hechos concretos –y al mismo tiempo, paradigmáticos—de ese amor misericordioso actuado en el entorno fueron, entre otros: su generosidad para costear el alquiler y alimentación de varias señoras ancianas que no tenían quién las asistiese⁸, para acoger en casa a la hija pequeña de una actriz, que no tenía donde dejarla cuando tenía que actuar⁹, o para dar clases particulares de lectura a dos jóvenes trabajadores que surtían de carbón al Asilo¹⁰.

La misericordia de madre Encarnación para con los pobres y desvalidos se extendía incluso –como buena francis-

⁷ Cf. BBM, p. 183-184. Cf. también, Lc. 21, 1-4.

⁸ Cf. Testimonios de Rafael Romero y de la hermana Encarnación García.

⁹ Cf. Testimonio de Teresa Gaviño.

¹⁰ Cf. Testimonio de Teresa Gaviño.

cana que era— a los mismos animales, de los que era muy amante:

• Al Asilo –cuenta al respecto una testigo– llegaban, no sólo gatos y perros de los vecinos, sino también otros desamparados, a quien ella ponía, con su gracia habitual, apodos tales como el "moñito", el "lacito", el "desgraciado" –porque siempre se quedaba atrás– o el "laladiero", porque se subía al ladero del tejado o azotea.

Su aprecio hacia estos animales, le impulsaba, incluso, a pedir a los carabineros que vigilaban por la muralla, que se preocuparan de impedir el maltrato que algunos niños daban, pues "eso –decía– no es propio de un país civilizado". Y si los guardias así lo hacían, los gratificaba de alguna manera¹¹.

Fuerte para amar

Junto al valor de la misericordia –enaltecido en la quinta bienaventuranza–, madre Encarnación vivió, también de forma extraordinaria, el de la *fortaleza* que Cristo proclama en la bienaventuranza "de los que lloran", de los que están preparados para aceptar con entereza y gallardía –aun en medio del sufrimiento– la cruz que cotidianamente suele salir al encuentro del hombre, siempre en constante proceso de maduración personal.

La cruz por la cruz, no es cristiana, pero no se puede crecer en el amor de verdad, sin ir acogiendo y afrontando las renuncias que va imponiendo la misma complejidad de

¹¹ Cf. Testimonio de Juana Sánchez.

la estructura humana. No se puede acoger al otro, si uno mismo no se va vaciando de sí mismo, de sus propios egoísmos. Sólo si el grano de trigo muere, da fruto¹². Quien se encierra en sí mismo, quien busca de forma egoísta la propia vida, se pierde, sólo quien se desvive, quien sale de sí mismo, encuentra sentido gratificante a la propia existencia¹³. Para madurar en amor, hace falta madurar paralelamente en fortaleza, en capacidad de renuncia y sacrificio.

Madre Encarnación, consciente, por experiencia, de que "el espíritu de sacrificio y abnegación es la gran prueba del amor a Dios y de haber sido elegida instrumento de la divina misericordia para con los pobres necesitados"¹⁴, y consciente, además, de la imperiosa necesidad de cargar con la propia cruz, que tiene la persona para mantenerse en la dinámica del Espíritu, para ir creciendo día a día, más y más en el amor, al delinear en las Constituciones del Instituto la fisonomía de las hermanas del Rebaño, escribe:

 Deben poseer un ardiente celo por la gloria de Dios y salvación de las almas. Y deben, por ello, abrazar, no una vida de comodidades y satisfacciones temporales, sino de abnegación y sacrificio¹⁵.

No obstante, el gran magisterio de madre Encarnación acerca del esencial valor de la abnegación y sacrificio, no estuvo en sus escritos o palabras, sino en su propia vida,

¹² Cf. Jn. 12, 24.

¹³ Cf. Mt. 16, 24-26; Mc. 8, 34-37; Lc. 9, 23-25 y Jn. 12, 25.

¹⁴ Cf. BBM, p. 24. Cf. también, ibidem, p.37-38.

¹⁵ Cf. CARRASCO, Ma Encarnación, Constituciones, cap. II, p. 20.

"siendo la primera en todos los actos de vida religiosa o doméstica, por mortificantes que fueran. Este era su medio preferido para estimular a sus hijas al sacrificio, aunque como madre –y esto dice mucho en favor de su calidad humana– procuraba aliviarlas y hacerles más llevaderas y dulces las privaciones que les ocasionaba la pobreza extrema en que vivían" ¹⁶. Los testimonios, al respecto, de quienes convivieron con ella son abundantes, y resaltan aspectos tan significativos como éstos:

- En vísperas de la fundación, no se arredró ante los sinsabores y privaciones que había de experimentar para seguir a Jesucristo, entregándose, por su amor, a cuantos sufrimientos fuese menester soportar en tan arriesgada misión¹⁷.
- Siempre, pero particularmente en los inicios del Instituto, resplandeció por su solicitud y caridad piadosa y por su ánimo dispuesto en todo momento al sacrificio. Se la veía, en la crudeza del invierno, soportar las lluvias torrenciales que poco a poco la iban calando hasta empapar el interior de su hábito, que, al ser tan áspero y grueso, tardaba mucho en secarse, con gran perjuicio de su delicada salud¹⁸.
- Mientras sus fuerzas se lo permitieron, estuvo en la cocina y despensa. Esto lo hacía, llevada por su gran humildad y por su delicadeza para con sus hermanas, para ahorrarles trabajo. En el reparto de lo poco que había, hacía "verdaderos milagros". Claro que para ella no se reservaba propiamente nada¹⁹.

¹⁶ Cf. BBM, p. 51.

¹⁷ Cf. BBM, p. 22.

¹⁸ Cf. BBM, p. 32.

¹⁹ Cf. Testimonio de Isabel Castro.

- A veces, para disimular su carestía, iba de aquí para allá, mientras se comía el té migado que podía contener un pequeño plato. Y si alguna vez las hermanas mostraban su preocupación por tan insuficiente alimentación decía: "No os apuréis por mí. Yo estoy alimentada, viendo que el Señor no se olvida del pan cotidiano de mis hijas. Yo tomo lo que mejor me sienta y creedme que estos "migotitos" me alimentan más que suculentas viandas. Dios quiera que todo se remedie. No os apuréis. Pronto tendremos cuanto nos haga falta, y con creces²⁰.
- Hasta los últimos días de su vida, la llevó, Dios, por el camino del sufrimiento. Ella lo aceptaba con verdadera abnegación, como venido de la liberal mano del Señor²¹.

En fin, "cuanto mayores eran las dificultades, tanto mayor era su fortaleza, fundada en la Providencia, que siempre acababa mostrándose espléndida y generosa²².

Y esa conjunción de actuaciones –Dios con su providencia, y ella misma, cargando, con decisión, con serenidad y hasta con alegría, la cruz de cada día– la hicieron tan fuerte, tan recia y coragiosa, que alguien que la trató muy de cerca llegó a decir:

– A esta mujer no hay quien la rinda, no hay quien la acobarde 23 .

²⁰ Cf. BBM, p. 124-125.

²¹ Cf. BBM, p. 177.

²² Cf. BBM, p.54.

²³ Cf. Testimonio de Teresa Gaviño, recogiendo el sentir de su abuela.

Pobre entre las pobres

"Dama pobreza" fue el valor estrella de Francisco en su seguimiento radical de Cristo y su evangelio. Pero la pobreza del santo de Asís estuvo hermanada en todo momento –como la de Cristo– con la humildad. No es pobre sólo el que no tiene, sino el que, al mismo tiempo, no se siente pagado de sí mismo, ni considera su propia identidad como un tesoro que hay que guardar y encerrar celosamente bajo siete llaves²⁴. El pobre y humilde del evangelio vive, no sólo desapropiado del tener, sino también desapropiado del propio ser.

Por eso, precisamente, el pobre –tal como lo proclama la primera bienaventuranza– es esencialmente generoso. Y lo es con una generosidad tal, capaz de empobrecerse para enriquecer a los demás²⁵ y capaz de compartir lo poco o mucho que uno pueda poseer.

Quienes trataron de cerca a madre Encarnación llegan a decir de ella que "con su espíritu fuerte, inspirado en Cristo y humilde en extremo, se distinguió particularmente en la pobreza, que supo afrontar con incomparable heroicidad, con admirable espíritu de abnegación y sacrificio, amparando a la niñez desvalida, aun despojada de cuantos recursos necesitaba y sólo con la esperanza puesta en Dios" 26. Y añaden: que, a ejemplo de su santo patrón, san Francisco de Asís, "nada poseía, pero nada necesitaba" 727, que "para ella

²⁴ Cf. Filp. 2, 6-8.

²⁵ Cf. 2Co. 8, 9.

²⁶ Cf. BBM, p. 183.

²⁷ Cf. BBM, p. 184.

misma todo estaba bien, que era extremadamente pobre en su alimentación y en sus necesidades personales"²⁸, y que "con su porte recogido, grave y gracioso, que infundía a la vez respeto y veneración, respiraba humildad a ojos vista"²⁹.

De la importancia que la propia madre Encarnación concedió a este valor de la *pobreza-humildad*, hablan bien claro estos textos que incluyó en las primeras Constituciones del Instituto:

- Nuestro carácter distintivo –proclama en el primero de ellos– es la caridad y la humildad. Sin humildad no hay santificación posible, porque es el cimiento de todas las virtudes y sirve para adquirir más fácilmente la perfección, siendo, además, el camino mejor para introducirse en el ánimo de los demás y conseguir así la propia santificación y la del prójimo, fines de la Congregación³⁰.
- Confiadas en la Providencia del Señor y fieles imitadoras del Seráfico Patriarca de Asís –anota en el otro texto–, no hemos de contar con otros medios de subsistencia, que con los que nos suministre la caridad cristiana. Al efecto, haremos una suscripción mensual en la población, aceptando hasta las cuotas más insignificantes, y si fuera necesario vayamos diariamente a los mercados y pidamos de puerta en puerta, a fin de que las niñas no carezcan de lo indispensable para vivir. Estemos, pues, todas dispuestas a hacer póstula³¹.

²⁸ Cf. BBM, p. 184.

²⁹ Cf. Testimonio de la hermana Candelaria Márquez Barea.

³⁰ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Advertencias particulares en Constituciones, p. 35.

³¹ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. XIII, p. 29.

Amemos, pues -añade- la santa pobreza -la virtud más querida de nuestro Seráfico Padre- como a nuestra propia madre y procuremos darle, en todas las ocasiones, pruebas de nuestro tierno afecto.

Tengamos presente que, si el Rebaño de María llegase a perder este espíritu de pobreza, Jesucristo no nos reconocería como suyas y nos abandonaría a la ruina³².

El padre Medina, por su parte, incidía así en ese mismo valor de la *pobreza-humildad*:

• Confiemos en el que todo lo puede, pues, teniendo a Jesús, todo, todo sobra. El espíritu de Jesús no quiere, sino la práctica de la caridad y humildad y la vida de pobreza, a imitación suya que nació y vivió pobre³³.

Testimonios de la extrema pobreza vivida –sobre todo en los primeros años del Instituto– son abundantes, pero, entre ellos, son especialmente significativos éstos:

- La nueva comunidad no contaba con medios suficientes, a pesar de que las primeras religiosas habían aportado los recursos que tenían. Y ya en los primeros meses, se dejaron sentir las privaciones propias de la pobreza, llegando a extremarse hasta tal punto las carencias, que tan sólo se contaba con los donativos de personas buenas³⁴.
- Las estrecheces pasadas en los primeros años hizo que muchos días –a la hora de desayunar– las hermanas se limitaran

³² Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Documento para las Novicias*, en *Constituciones*, p. 62-63.

³³ Cf. BBM, p. 26.

³⁴ Cf. BBM, p. 25.

a hacer ceremonia de entrar y salir del comedor, pues lo que había en casa, sólo era para las niñas, y para ellas no habían tan siquiera un mendrugo de pan. Otros días, un poco más afortunados, podían permitirse un poco de té. A veces había que esperar hasta las cuatro de la tarde para tomar un poco de sopa o un cocido pobre y un trocito de pan, si había. A las nueve de la noche se tomaba algo frugal. Pero se conformaban con lo que el Señor les deparaba³⁵.

Confiada en Dios

La confianza en Dios, que Cristo ensalzó repetidamente³⁶, que se encuentra en el trasfondo de la octava bienaventuranza, y de la que es principal paradigma bíblico la figura de Abraham³⁷, fue otro de los valores más característicos de la personalidad humano-espiritual de madre Encarnación y uno de los principales distintivos, por ende, de su actuación apostólica.

De hecho, el gran secreto de su reciedumbre y fortaleza ante las adversidades fue –como dejan repetidamente constancia los testigos– su irreductible confianza en el Dios Providente:

 Para madre Encarnación era motivo de renovada esperanza el comprobar cómo Dios no la abandonaba en la empresa que, sólo para su mayor gloria, había emprendido, y si bien

³⁵ Cf. BBM, p. 80 y 123-124.

³⁶ Cf. Mt. 6, 25-34 y Lc. 12, 22-31.

³⁷ Cf. Gn. 12, 1-4; Rom. 4, 18-22 y Hb. 11, 8-12.

- permitía que experimentasen la pobreza, no dejaba de hacer presentes las bondades de su Providencia³⁸.
- Al abandonar la Congregación sus primeras tres compañeras y quedarse sola³⁹, acudió en su desolación, como siempre, a la oración, no queriendo más consuelo que el de Dios, en quien únicamente confiaba y a quien pedía el remedio en tan grande tribulación. Por su parte, ella, intrépida, con la fe puesta en Dios y llena de confianza en su protección, se comprometió a soportar todos los sacrificios y trabajos que el Señor quisiese enviarle, con la plena confianza de que no había de abandonarla en la obra que Él mismo le había inspirado⁴⁰.
- Su confianza en la Providencia fue siempre plena e inquebrantable. Convencida de que su obra era de Dios, de Él esperaba el remedio a sus necesidades materiales y espirituales⁴¹.
- Grandes sacrificios tuvo que imponerse para pagar las mensualidades de la casa de la calle Puerto, pues a veces no le llegaba el dinero ni para las más apremiantes necesidades, pero ella mantuvo en todo momento gran fe en que el Señor, que así dispone todas las cosas, no la abandonaría, y esperaba confiada en los brazos de la Providencia⁴².
- Pedía infatigablemente limosna para sus niñas, que acudían en gran número. Las recogía en la casa, las cuidaba, las alimentaba y las admitía, sin pensar en que no alcanzarían los

³⁸ Cf. BBM, p. 79-80.

³⁹ Cf. arriba, Dios se esconde, p. 58-60.

⁴⁰ Cf. BBM, p. 34.

⁴¹ Cf. BBM, p. 108 y 182-183.

⁴² Cf. BBM, p. 43.

recursos. "Dios lo hará", decía con sincera fe, cuando no contaba con nada, y en efecto, Dios cuidaba de enviarlos⁴³.

En la vida de madre Encarnación, la Providencia –que suele "firmar sus cheques", escondiéndose tras corazones sensibles que han escuchado sus demandas en favor de los necesitados del entorno– se "disfrazó", de muchas maneras y se presentó con variados rostros. Los testimonios y anécdotas que se recogen constituyen sólo una pequeña selección de esos rostros y disfraces.

Los cheques anónimos

El anonimato es una de las formas más comunes con que la Providencia suele hacerse presente en la vida de quien confía en ella ciegamente, y madre Encarnación acumuló muchas experiencias al respecto:

- En una ocasión en que oraba ante Nuestro Padre Jesús del Patio de San Antonio, donde continuamente acudía en sus necesidades, al subir de la capilla, se le acercó un caballero y le entregó un sobre con 500 pesetas para sus necesidades más apremiantes. Era precisamente lo que necesitaba para hacer frente a los pagos atrasados de la casa en la que estaba entonces el Asilo, de alquiler⁴⁴.
- A veces -cuenta una testigo-, cuando estaba apuradísima por carecer absolutamente de pan para sus niñas, acudía, sin decir nada, a la divina Providencia, que inesperadamente

⁴³ Cf. Biedma, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, n. 24.949 del domingo 16 de diciembre de 1917.

⁴⁴ Cf. BBM, p. 56. Cf. también un caso similar en BBM, p. 48.

venía en su auxilio, deparándole personas desconocidas que se interesaban por su situación y le daban su limosna –ya en metálico, ya en forma de pan–, que proporcionaban el deseado y necesario sustento⁴⁵.

- Un día de San José -relata otra testigo-, al llegar al mercado con dos niñas, fue al puesto de la carne y, como siempre, pidió de la más barata. Pero un señor se acercó y le dijo al carnicero:
 - Ponga de la mejor y en cantidad.

Después de darle las gracias, la madre y las niñas marcharon a otro puesto, y otra vez el señor se les avecinó y de nuevo dijo aquello de "lo mejor y en abundancia".

Al finalizar la compra, la madre se volvió para darle las gracias, pero el bienhechor se había esfumado sin dejar rastro⁴⁶.

Con nombre y apellidos

Las ayudas que la Providencia envió puntualmente a madre Encarnación no siempre fueron anónimas, sino que, en ocasiones, tuvieron también nombres y apellidos, como en estos casos:

• Un día, doña Manuela Díaz Hernández –admiradora de la labor que madre Encarnación hacía con las niñas y de lo bien que las tenía– entró en la despensa de la casa y pudo ver que sólo había en ella una ristra de ajos. Ante tal desolador panorama, se percató bien a las claras de cuál era el verdadero fundamento de la fe con que la madre repetía aquello de San Pablo: "Todo lo puedo, en aquel que me conforta".

⁴⁵ Cf. BBM, p. 80-81.

⁴⁶ Cf. Testimonio de la hermana Margarita García Paz.

- A partir de ese momento, doña Manuela se convirtió en una de las mejores y más fieles bienhechoras⁴⁷.
- Otro día -cuando, en 1883, los efectos de la pobreza se dejaron sentir especialmente, hasta el punto de encontrarse sin el pan necesario para comer-, salieron las hermanas a postular unos mendrugos con los que poder paliar la escasez, y, cuando estaban paradas junto a una casa, pasó por allí el padre Medina y, compadecido, les dio las 3 únicas pesetas que tenía, para que "fueran abriendo las puertas", como él decía. Y el Señor las abrió holgadamente, consiguiendo todo lo necesario⁴⁸.
- En otras ocasiones, fue: bien el Duque de Nájera, quien, en difíciles circunstancias, regaló el pan necesario y compró ropa para todas las niñas⁴⁹, bien el Marqués de Comillas, a través de la sede gaditana de su compañía naviera⁵⁰, bien otras personas.

Acontecimientos providenciales

Un tercer disfraz de la Providencia en sus particulares relaciones con madre Encarnación fue el de aprovechar los acontecimientos del momento para hacerse presente, "como sin pretenderlo".

El hecho más famoso, al respecto, fue, sin duda, el sucedido en 1894.

⁴⁷ Cf. BBM, p. 49. Cf. Filp. 4, 13.

⁴⁸ Cf. BBM, p. 106.

⁴⁹ Cf. BBM, p. 100.

⁵⁰ Cf. BBM, p. 113-115.

Posiblemente, madre Encarnación se había hecho, en más de una ocasión, esta pregunta del salmista: "¿De dónde me vendrá el auxilio?" Pero seguramente no estaba en sus previsiones que el auxilio del Señor pudiese llegarle del mar y a través de unos marineros. Y sin embargo así fue.

Con ocasión del centenario de Colón⁵², llegaron al puerto de Cádiz muchos barcos procedentes de América, que venían a visitar oficialmente el primer puerto de España⁵³.

Alentadas por la madre Encarnación, dos hermanas –acompañadas de dos niñas– fueron entonces al puerto, a pedir "limosna por amor de Dios" a los marineros.

Para trasladarse a las embarcaciones, tuvieron que surcar la bahía en una pobre y frágil barquilla. Toda su confianza estaba puesta en el Señor, quien sin duda –pensaban– les ayudaría en tan arriesgada empresa.

En las embarcaciones encontraron gentes de buen corazón, que prontamente las socorrieron con limosnas, pero fueron especialmente espléndidos, los primeros jefes que se encargaron de realizar ellos mismos sendas colectas, recabando cada día entre 100 y 150 pesetas para las "huerfanitas" como ellos decían.

Amén de lo anterior, les separaban la comida sobrante –de excelente calidad y muy abundante– que fue otra gran ayuda para el Asilo.

⁵¹ Cf. Sal. 121.

⁵² Se trató de la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América, cuyos actos centrales tuvieron lugar entre 1892-1894. Los acontecimientos que aquí se recogen, sucedieron a principios de 1894.

⁵³ Se refiere precisamente al de Cádiz.

Los despenseros, además, les guardaban cada día incluso pan, galletas, víveres y muchas golosinas.

Durante el mucho tiempo que estuvieron allí fondeadas aquellas naves, el Asilo navegó en la abundancia, pues no solo se comió bien, sino que, con las limosnas recibidas, se pudo hacer frente a las muchas deudas pendientes.

La madre Encarnación, como era propio y natural en ella, no dejaba de bendecir por tantos y tales beneficios al Señor, que tanto les favorecía⁵⁴.

Pendiente de los demás

"Yo estoy en medio de vosotros, como el que sirve", dijo Cristo⁵⁵. Y esta actitud de servicio –repetidamente enaltecida en el evangelio⁵⁶– fue uno de los valores más característicos en Francisco de Asís, que, precisamente por ello, quiso que sus frailes se denominasen *menores*, estando siempre dispuestos a servir a sus hermanos.

Seguidora una vez más de Cristo, tras las huellas de Francisco, también madre Encarnación acogió en su vida y testimonió en su acción este valor, proclamado solemnemente en la bienaventuranza de los mansos y humildes, o, si se prefiere, de todos aquellos que viven en actitud de servicio.

Por otra parte, en íntima sintonía con este valor de servicialidad se encuentra aquel otro de la inserción, de la ca-

⁵⁴ Cf. BBM, p. 106-108. Cf. también, ibidem, p. 112-115.

⁵⁵ Cf. Lc. 22, 27.

⁵⁶ Cf. Mt. 20, 26-28 y 23, 11; Mc. 9, 35 y Jn. 13, 4-14.

pacidad de "hacerse todo para todos", que diría Pablo⁵⁷, de poner la propia tienda entre los demás, de *encarnarse*, como proclama Juan en el prólogo de su evangelio⁵⁸. Y no cabe duda de que madre Encarnación vivió y actuó su servicialidad con una admirable capacidad de identificarse con aquellos a quien servía, de *encarnarse* en la realidad y en los sentimientos de aquellos a quienes se sentía enviada y a quienes se acercaba en su apostolado. Dicho de otra manera, madre Encarnación *al servir* a los demás, daba pleno y profundo significado al nombre que le habían impuesto al recibir las aguas bautismales. Ella, pues, no sólo se *llamó Encarnación*, sino que durante toda su vida *fue encarnación* para los demás y entre los demás.

Entre los testimonios que destacan su servicialidad, se encuentran algunos tan cargados de ternura y cercanía, como éstos:

• Constantemente –cuenta una hermana– acudían a las puertas de la nueva Institución un sinnúmero de niñas, ávidas de aprender, y la madre Encarnación se cuidaba mucho de atender las necesidades materiales de aquellas pobrecitas que padecían horfandad, y procuraba asearlas, buscaba ropita con que poder cubrir su desnudez y pedía limosnas extraordinarias a fin de poder proveerlas de sustento a mediodía. Sustento que ella misma les servía con gran cariño y caridad⁵⁹. Y esta misma hermana, añade: Siempre activa –y a pesar de sufrir verdaderos cuadros médicos de asfixia– ni

⁵⁷ Cf. 1Co. 9, 22.

⁵⁸ Cf. Jn. 1, 14.

⁵⁹ Cf. BBM, p. 27.

- con los años dejó de atender ella misma la limpieza de su habitación y el lavado de su ropa⁶⁰.
- Humilde y buena –recuerda una amiga suya– dejaba para sí los trabajos más penosos, dando ejemplo a las nuevas hermanas: Todo le parecía bien para ella. Jamás pedía nada, y cuando las hermanas querían darle las preeminencias que sus cargos y méritos pedían, se negaba y hasta buscaba el medio de empequeñecer su gran valía con una modestia verdaderamente evangélica⁶¹.

Hermana y madre

También el valor de la *fraternidad* –tan profundamente evangélico⁶² y tan propio, al mismo tiempo de San Francisco, que se sintió definitivamente llamado por Dios, cuando se percató de que "el Señor le había dado hermanos⁶³ – sobresalió en la personalidad de madre Encarnación, y ha identificado, desde los orígenes, el carisma que el Espíritu quiso suscitar por medio de ella.

Ya en los inicios de su itinerario como fundadora hizo este propósito:

⁶⁰ Cf. BBM, p. 184.

⁶¹ Cf. Biedma, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, n. 24.949 del domingo 16 de diciembre de 1917.

⁶² Cf. Mt. 18, 20; Rom. 12, 10; 1Tes. 4, 9; 1Pe. 1, 22; 3, 8; 2 Pe. 1, 7.

⁶³ Cf. Francisco de Asís, Testamento, 14.

 Hablaré siempre bien de mis hermanas y disimularé sus defectos, considerando mis muchas infidelidades⁶⁴.

Y junto al anterior hace este otro propósito, que evoca con espontaneidad, la *obediencia caritativa* que Francisco de Asís aprendió directamente del apóstol Pablo⁶⁵:

 Prometo observar mejor el voto de obediencia, obedeciendo, no sólo a mis superiores, sino a todas mis hermanas, siendo condescendiente con ellas⁶⁶.

Posteriormente, al asumir el ministerio de legislar, redactando las Constituciones y otras normas básicas de la Congregación que había fundado, delineó así el valor de la fraternidad:

- Las hermanas deben profesar entre sí tal amor, que sean imágenes vivas de los primeros cristianos, cuyo corazón y cuya alma eran unas, como se lee en los Hechos⁶⁷.
- Delante del Santísimo –recomienda a la maestra de novicias– se penetrará de una prudente bondad, sin perjudicar el respeto, y suavizará el penoso trabajo de las hermanas, ani-

⁶⁴ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Propósito del 3^{er} día de los Ejercicios de 1879, en Escritos de Madre Encarnación, p. 4.

⁶⁵ Cf. Francisco de Asís, 1 Regla 5, 14 y Gal. 5, 13.

⁶⁶ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Propósito del 7º día de los Ejercicios de 1879, en Escritos de Madre Encarnación, p. 4.

⁶⁷ Cf. CARRASCO, Mª Encarnación, Advertencias particulares, en Constituciones, p. 35. Cf. Hch. 2, 44 y 4, 32-35.

- mándolas a abrazarlo por amor de Dios, que quiso sujetarse a él durante su vida mortal⁶⁸.
- Llevemos con santa alegría exhorta a las novicias los deberes de una tierna y sincera caridad: sufriendo con dulzura los defectos de las compañeras; previniéndolas con pruebas de estima y benevolencia; apresurándonos a servir a las que están empleadas en los servicios más humildes; evitando, con el mayor cuidado, todo lo que pudiere turbar la paz y alterar la unión fraterna, y guardándonos, con mucho cuidado, de particularismos⁶⁹.

Ella misma, además, vivió y actuó siempre entre sus hermanas con la conciencia de que –aun siendo madre del naciente Instituto y debiendo, por ello, atender maternalmente a todas sus hijas⁷⁰– no debía sustraerse a la ley común de la fraternidad y debía, en consecuencia, ser la primera en servir a los demás, ser la primera en hacer vida el lema de "servir es reinar", que tantas veces repitió, en clara alusión al evangelio⁷¹. Por ello, precisamente, ella misma cumplió a cabalidad el consejo que daba a la maestra de novicias de "prestarse a todos los trabajos con santa alegría, en unión con sus hijas, para excitar el celo de las hermanas, dándoles

⁶⁸ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla de la Maestra de Novicias, artículo 2º, en Constituciones, p. 43.

⁶⁹ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, *Documento para las Novicias*, en *Constituciones*, p. 65.

⁷⁰ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. XI, p. 28.

⁷¹ Cf. Mt. 20, 26 y 23, 11; Mc. 9, 35 y 10, 43; Lc. 22, 26-27 y Jn. 12, 26.

buen ejemplo⁷². Y para ella constituía un verdadero martirio el no poder ayudar a sus hermanas en el trabajo "⁷³.

Su actitud de *constante servicio* se vio enriquecida, por otra parte, por un permanente *deseo de superación*, que le hacía anhelar –como a los atletas– vivir en tensión constante por mejorar, y "cuando las cosas iban excesivamente despacio –aun siendo consciente de que toda obra de Dios suele recorrer caminos tortuosos– tendía a pensar que los atrasos en las realizaciones eran culpa de su indolencia o negligencia. Y este pensamiento la estimulaba constantemente a trabajar sin descanso"⁷⁴.

Pacífica y serena, llana y alegre

El valor de la *paz* y de la *gozosa serenidad*, proclamado en la séptima bienaventuranza, distinguió también de forma determinante la personalidad de madre Encarnación. Y fue este valor el que –en sintonía con los anteriores– acabó confiriéndole su característica fisonomía de *menor*, su talante de cabal y fiel testigo del evangelio.

San Francisco quería que sus frailes anunciaran con su palabra –y sobre todo con su actuación– la paz que tenían en su corazón⁷⁵. Y madre Encarnación, que, en su primer año como fundadora del Rebaño, había hecho el propósito

⁷² Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla de la Maestra de Novicias, artículo 4º, en Constituciones, p. 43.

⁷³ Cf. BBM, p. 173.

⁷⁴ Cf. BBM, p. 94.

⁷⁵ Cf. Francisco de Asís, *1 Regla* 14, 1-4 y *Vida primera de Celano*, 29 y 36.

de "responder con una buena obra a quien la mortificase"⁷⁶, asumiendo en su propia vida el deseo repetidamente expresado en el Nuevo Testamento⁷⁷, aconsejaba así a sus hermanas:

• Mostremos en todo momento en nuestro semblante la paz de nuestra alma, que no busca ni desea, sino a Dios y que, olvidadas de nosotras mismas y de los propios intereses, miremos solamente a Dios, a quien sólo deseamos amar y servir⁷⁸.

Pero una vez más, su mejor magisterio no estuvo en sus palabras, sino en su propio testimonio, que fue verdaderamente paradigmático en los momentos más fuertes y difíciles de su existencia, como fueron precisamente los de su última enfermedad y ceguera:

- Nunca la vimos –cuentan las hermanas– perder la paz. Paz que se traslucía en su semblante. Incluso en el tiempo de su enfermedad, en que tan saturada estuvo de amarguras, prorrumpía con su humildad característica: "Dios así lo quiere. Él me dará fuerzas para sobrellevar los sufrimientos que me mande" 79.
- Incluso cuando se quedó ya ciega y postrada en cama -siguen contando las hermanas- vivía plenamente entregada a la voluntad de Dios, que la seguía probando. Sufría en-

⁷⁶ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Propósito del 4º día de los Ejercicios de 1879, en Escritos de Madre Encarnación, p. 4.

⁷⁷ Cf. Rom. 12, 17 y 21; 1 Tes. 5, 15 y 1 Pe. 3, 9.

⁷⁸ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Documento para las Novicias, Constituciones, p. 66.

⁷⁹ Cf. BBM, p. 180.

tonces, con la mayor serenidad, tranquila y confiada en que el Señor no le privaría de la cruz hasta el último día de su vida⁸⁰. Es más, sobreponiéndose a su propio dolor, lejos de quejarse, lo sufría todo en silencio, con su semblante siempre risueño –que reflejaba la paz de su alma⁸¹– y decía a quienes, tristes, la rodeaban:

 No os apuréis por mí, que esto pasará. Y si es voluntad de Dios que no pase, yo lo acepto gustosa. No desconfiemos y pidamos con fe lo que más convenga para nuestro bien⁸².

Su paciencia y serenidad se vio adornada, además, por actitudes de *llaneza* en las relaciones y de constante y cordial *agradecimiento*. "Su trato—dice al respecto una testigo—era afable, sencillo y grato. Su talento y su bondad sabían encontrar la frase oportuna que atraía y ofrecía ocasión de confianza y simpatía. Tenía también, entre otros méritos, el de la gratitud. Jamás olvidaba un favor, por pequeño que fuese"⁸³.

Y esas mismas actitudes de *llaneza* y *agradecimiento* las recomendó con insistencia a sus hermanas:

• Si tratan de entretenerlas con conversaciones frívolas, al ir a postular, tratan de evadirlas y en ningún caso, a trueque de sacar más limosna, se valgan de palabras que expresen

⁸⁰ Cf. BBM, p. 184. Cf. también, ibidem, p. 177-178.

⁸¹ Cf. BBM, p. 177.

⁸² Cf. BBM, p. 179.

⁸³ Cf. Biedma, Patrocinio de, *Una santa mujer*, en *Diario de Cádiz*, n. 24.949 del domingo 16 de dieciembre de 1917.

- lisonja o adulación, ni usen de una insistencia que sería empachosa⁸⁴.
- Si la limosna fuese corta, no se quejen, antes bien, recíbanla con afecto de gratitud y reconocimiento. Y si al presentarse en demanda de la limosna fuesen recibidas con acrimonía, desdén o desprecio, lejos de impacientarse, den gracias a Dios, que les proporciona tal ocasión de merecer⁸⁵.

Como andaluza y gaditana que era, tampoco estuvo exento su porte pacífico y sereno, de la *simpatía y jovialidad*, típicas de aquellas tierras del sur.

La dulzura de su carácter, la bondad de su corazón y la paz y la alegría de su espíritu "se traslucía –según cuentan las primeras hermanas– en su rostro y se trasmitían en sus palabras"⁸⁶.

Cuando gozó de salud, le gustaba presidir el recreo de las hermanas y, como era de carácter alegre, apacible y donairoso, contribuía muy positivamente a que la recreación fuese animada y festiva⁸⁷.

Y cuando le sobrevino la enfermedad, continuó mostrándose, no obstante, "alegre y serena, tratando de tranquilizar a sus hijas, no dando importancia a sus males, aunque bien se conocía que su vida había de ser ya muy breve" 88.

⁸⁴ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. XIV, p. 30.

⁸⁵ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, cap. XIV, p. 30.

⁸⁶ Cf. BBM, p. 106 y 185.

⁸⁷ Cf. BBM, p. 54.

⁸⁸ Cf. BBM, p. 173.

Su simpatía, alegría y buen humor quedaron reflejadas sobre todo –y con toda su natural espontaneidad– en estas anécdotas con que se concluye su fisonomía y talante:

- Al poco de habitar en la calle de San Sebastián —cuenta una hermana— unos ladrones se entraron en la casa y casi lograron acceder a las habitaciones de la comunidad. Entonces, la madre Encarnación gritó:
 - "Antonio, Diego... corran, corran que hay ladrones en casa".

Los ladrones huyeron despavoridos y después ella contaba con el gracejo que la distinguía:

- "San Antonio y San Diego infundieron tal pavor a los ladrones, que ya no se atrevieron a seguir adelante" 89.
- Un día –recuerda una testigo–, al entrar en la plaza del mercado, acompañada de una niña, al pedir limosna a un hombre que vendía verduras, éste le tiró una lechuga a la cara, al tiempo que le decía despectivamente:
 - "Tome, usted".

Al ir a recoger la niña la lechuga, madre Encarnación le dijo:

- "No hija, ésta venía para mí, lo tengo bien merecido".

Después, dirigiéndose al señor del puesto, le dijo con gracejo:

- "Bueno, para la niña ¿qué me da?"90.
- Otro día en que había que recoger unos pasajes en una oficina –añade un nuevo testimonio–, unas hermanas que pasaban por allí se adelantaron a madre Encarnación, y al llegar ella, el empleado le dijo:
 - "Espero no haberme equivocado, se los he dado a unas hermanas guapitas y finitas que vinieron antes".

⁸⁹ Cf. BBM, p. 69.

⁹⁰ Cf. Testimonio de la hermana Margarita Caballero Pío.

- "No se preocupe usted -respondió ella-, si eran guapitas y finitas, no hay duda de que son de las mías" ⁹¹.

⁹¹ Cf. Testimonio de Juana Sánchez.

CAPÍTULO V

TRAS LAS HUELLAS DEL BUEN PASTOR

Cristo, con su venida a este mundo, reveló principalmente dos grandes y trascendentales misterios. El primero de ellos –que hacía referencia a la *naturaleza de Dios*– lo desveló proclamando repetidamente que Dios es *Padre*¹, o, como diría el apóstol Juan, *Dios es amor*². El segundo –en íntima conexión con el anterior y que hacía referencia a la *identidad de la persona humana*– lo manifestó a través de su propia vida, mostrando en sus sentimientos y en sus actuaciones que la autenticidad de la persona –creada a imagen y semejanza de Dios– radica en el *amor* y que, por consiguiente, sólo *creciendo en el amor y por el amor* van encontrando, el hombre y la mujer, el verdadero y gratificante sentido de su vida.

Con la revelación de esos dos grandes misterios, Cristo instauró también una *nueva pedagogía*, un nuevo modo de *acompañar positivamente a la persona* –y particularmente en las primeras etapas de la vida– *en la irrepetible aventura de su feliz realización*.

¹ Cf. Mt. 5, 48; 6, 4 y 9; 23, 9; 25, 34 y paralelos.

² Cf. 1 Jn. 4, 8 y 16.

En esa nueva pedagogía, el propio Cristo fue personalmente el *maestro*, el pedagogo por excelencia. Y puso en práctica su magisterio a través del talante humilde sencillo y servicial con que supo hacerse "próximo" y prójimo de cuantos encontró en su camino y a través también del cariño y ternura con que fue dando respuesta a las inquietudes, necesidades y problemas que presentaban aquellas personas.

Pero su magisterio se hizo especialmente paradigmático en el acompañamiento que hizo de su círculo más cercano de seguidores, como fueron los apóstoles. A éstos, los va llamando por su nombre, los acoge en su casa y los introduce en su intimidad³, convive con ellos⁴, ora por ellos y con ellos⁵, los instruye y corrige⁶ y los va ejercitando progresivamente en la misión que les ha de confiar⁷, los va "preparando para la vida", a partir de las situaciones y problemáticas propias de las gentes que van encontrando y acogiendo en su peregrinar.

Con el tiempo, el propio Cristo quiso recopilar –en un precioso "poema pedagógico" – las enseñanzas que venía impartiendo como maestro en su diaria actuación, y delineó la enternecedora estampa del Buen Pastor⁸, que –con sus actitudes de *conocer a sus ovejas y poderlas llamar por*

³ Cf. Mt. 4, 18-22 y 9, 9 y Jn. 1, 35-51 y 15, 15.

⁴ Cf. Mc. 3, 14.

⁵ Cf. Jn. 17, 9. 15 y 20.

⁶ Cf. Mt. 10; 16, 21-23; Mc. 4, 10-20 y 33-34; 10. 13-16 y 41-45.

⁷ Cf. Mt. 28, 19-20; Lc. 9, 1-6. 10 y 10, 1-24.

⁸ Cf. Jn. 10, 1-18; Lc. 15, 4-6 y Mt. 18, 12-14.

su nombre, de caminar delante de ellas, de buscar a las que se pierden, de desvivirse por todas y de preocuparse primordialmente de que tengan vida y la tengan en abundancia— es un acabado prototipo de todo aquel educador que quiera merecer, en verdad, el calificativo de cristiano.

Madre Encarnación se acercó al modelo cristológico del Buen Pastor a través de la tierna figura de su Madre –de la "Divina Pastora", como cariñosamente la llamó tradicionalmente el pueblo fiel; de la *Zagala*, como familiarmente la denominaban los capuchinos españoles– y por ello, las actitudes que de Él aprendió tienen como principal distintivo el cálido sello de la maternidad.

De corazón a corazón

En educación es importante conseguir crear vínculos afectivos entre educador y educando.

En la pedagogía del Buen Pastor, es primordial conocer al alumno, pues sólo así se puede responder a sus espectativas y se le puede aplicar un tratamiento personalizado, "a la medida". Tal conocimiento, sin embargo, supone, de alguna manera, entrar en la intimidad del alumno mismo, acceder al sagrado depósito de sus sentimientos, y para ello, el interesado tiene que franquear esa puerta de la propia casa, que sólo se abre al otro, en la medida que uno mismo se ha sentido querido y apreciado por él.

Educar, pues, supone necesariamente que el educador sea capaz de dialogar con el educando, hablándole con el lenguaje del corazón.

Madre Encarnación –que cotidianamente pedía al Señor, por medio de su madre, la *virtud de la humanidad*9–trasmitió así, a sus hermanas, la necesidad de *educar desde los resortes cordiales*:

 Tengamos cuidado –les exhortaba– de todo cuanto concierne a las niñas huérfanas y velemos por todas, como madre cariñosa¹⁰.

Pero mucho más que por sus palabras, las hermanas se sintieron, una vez más, aleccionadas por el testimonio de su propia vida, entretejido todo él de tiernas escenas cuajadas de sentimiento y desbordantes de sensibilidad materna, como éstas:

- Por las noches, al regresar de la postulación, sin tener en cuenta su natural cansancio, reunía a las niñas, con gran cariño y les daba enseñanzas convenientes, al tiempo que les inculcaba el santo temor de Dios.
 - Su celo hacia las niñas no tenía límites. Ella misma las aseaba y les procuraba distracciones que les amenizaban la orfandad. El cariño de las niñas –cuyos corazones cautivaba con sus cuidados– era la mejor recompensa a sus trabajos y desvelos. Aprovechaba, además, el cariño que las niñas le profesaban, para amonestarlas, si era del caso, e influir más en ellas 11.
- Le gustaba que sus niñas estuviésemos presentables. Cuando íbamos a bañarnos a la playa, nos tenía preparado un

⁹ Cf. Ofrecimiento al 1^{er} misterio de la Corona Franciscana, en Carrasco, Ma Encarnación, Constituciones, p. 72.

¹⁰ Cf. CARRASCO, Mª Encarnación, Reglas para la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 97-98.

¹¹ Cf. BBM, p. 37-38.

bañito con agua y vinagre para que no se nos pegara el sol y nos quemara. Le gustaba que luciéramos buenas trenzas y peinado. Y cuando íbamos a salir a la calle, en alguna fiesta, siempre nos daba nuestra pequeña cuota, que era de 25 céntimos para las mayores y de 15 para las demás. Nos daba este dinero para que cada una se pudiese comprar las golosinas que le apetecieran¹².

• Un día -refiere una testigo del hecho-, le dejó prestada a una de sus niñas una medallita y cadena de otra, para que fuese a visitar a un familiar.

Al regresar, y llegar la hora de devolver lo prestado, madre Encarnación observó cómo la niña acariciaba la medallita y la miraba con tristeza ante la despedida.

La madre le dijo:

- Bueno, hija, tendrás que entregarla a su dueña.

La niña seguía acariciándola.

- ¿Te gusta, hija? le preguntó entonces ella.
- Sí, señora.

Entonces, madre Encarnación le dice a una hermana:

 Mañana, cuando salgan a la plaza a pedir, le compran una medalla y cadena a Laura.

Para ella fue más importante cumplir la ilusión de una niña, que disponer de más dinero¹³.

- En otra ocasión, en que una niña que la estaba ayudando rompió sin querer un cristal de una puerta, al verla llorar por el susto y sofoco, madre Encarnación le dijo con cariño:
 - Ven topito, no te apures.

Y acariciándola, le dio unos caramelos¹⁴.

¹² Cf. Testimonio de Isabel Castro. Exalumna de madre Encarnación.

¹³ Cf. Testimonio de Laura Sánchez de la Campa.

¹⁴ Cf. Testimonio de la hermana Encarnación García Otero.

Con cariño y exigencia

Aunque en todo momento las actuaciones del educador deben orientarse a contribuir positivamente al *crecimiento* de la persona del alumno en identidad humana por el amor, y deben de estar revestidas, por ende, de aprecio y cariño hacia él, no por ello pueden manifestarse siempre en forma de congratulación o aplauso. Hay momentos que para educar hay que saber exigir –con cariño, sí– pero no por ello con menor seriedad.

Para crecer en amor, la persona necesita crecer paralelamente en esa capacidad de fortaleza que implica, a veces, saber decir no a las propias apetencias. Y esta formación en capacidad de autoexigencia es otra de las tareas imprescindibles del buen educador. Cristo no sólo felicitaba a los suyos, sino que, cuando era del caso, sabía ponerles límites, sabía corregirlos, llegando incluso en alguna ocasión a desautorizarlos.

Madre Encarnación, como seguidora del mensaje cristiano en su integridad, insiste en la dimensión exigente del amor en textos como éstos:

- La maestra será muy vigilante en evitar los desórdenes, firme en detener el mal, prudente para prevenirlo, pero dulce y caritativa para ganar los corazones de sus discípulas¹⁵.
- Como buena educadora –recomendaba a la maestra de novicias– dirigirá a las jóvenes que le fueren confiadas con rectitud y dulzura¹⁶.

¹⁵ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Reglas de la Maestra de Clase, artículo 2º, en Constituciones, p. 45.

¹⁶ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla de la Maestra de Novicias, artículo 7º, en Constituciones, p. 44.

Y lo que enseñó con sus palabras, lo practicó –cual era su norma– en las actuaciones:

- Cuando tenía que regañar –relata una testigo–, lo hacía con dulzura y delicadeza.
 - Por ejemplo, cuando alguna niña hacía una travesura, solía reunirlas a todas y les decía: "Ha llegado a mis oídos..." (y relataba la travesura, sin nombrar a la protagonista). Y así les hacía ver que aquello no estaba bien, pero sin avergonzar a la autora¹⁷.
- Gran predilección mostró siempre –cuenta su biógrafa– por las niñas confiadas a su amparo. Ellas fueron en todo momento su preocupación constante.
 - Su manera de tratarlas era grave, al tiempo que dulce y cariñosa. La rectitud, al par que la benevolencia, fueron siempre la norma de su conducta con ellas¹⁸.
- A una niña que estaba enferma de un mal contagioso –refiere otro testimonio–, se le prohibió estar con las demás, pero, al regresar madre Encarnación se la encontró con ellas. Y entonces, con gesto cariñoso y serio a la vez, le dijo:
 - Niña ¿no te habían dicho que no estuvieras con tus compañeras?
 - Madre respondió la niña me bajé sin pensar.
 - Bueno, pues -concluyó ella- ahora, sin pensarlo, te subes¹⁹.

¹⁷ Cf. Testimonio de Isabel Castro.

¹⁸ Cf. BBM, p. 180.

¹⁹ Cf. Testimonio de Juana Sánchez.

Para que tengan vida

El objetivo fundamental de todo proceso educativo inspirado en el evangelio, no puede ser otro –como el mismo Cristo expresa– que el que los discípulos, los alumnos, tengan vida y la tengan en abundancia²⁰, es decir que encuentren creciente sentido gratificante a su propia existencia y se capaciten para insertarse positivamente en el entramado social.

Dicho objetivo lo expresaba así, con sus propias palabras, madre Encarnación:

- El fin que debe proponerse una maestra no es solamente cultivar el espíritu de sus discípulas con los conocimientos humanos, sino, mucho más aún, formar su corazón...²¹.
- Procuremos emplear a las niñas, una buena parte del día, en el trabajo manual, pues este género de ocupaciones les servirán algún día para su subsistencia. Debemos enseñarles a trabajar con prontitud y aseo²².

Haciendo camino al andar

El Buen Pastor muestra a sus ovejas el camino a seguir hacia su realización personal, caminando delante de ellas, "haciendo camino al andar", como diría el poeta, y así les

²⁰ Cf. Jn. 10, 10.

²¹ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Reglas de la Maestra de Clase, artículo 1º, en Constituciones, p. 45.

²² Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla de la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 98.

testimonia, en la propia vida, los valores que les quiere tras-

Aleccionada, pues, por el Maestro, madre Encarnación, por su parte, insiste repetidamente a las hermanas acerca de la necesidad de refrendar con las obras –y especialmente con el propio ejemplo de vida– los valores que se quieren trasmitir:

- Nuestra vida –escribe– debe ser motivo de edificación para todas las personas que nos rodeen, muy especialmente para las niñas confiadas a nuestro cuidado²³.
- Procuremos dar buen ejemplo –insiste– no sólo a las hermanas, sino también a las niñas confiadas a nuestro cuidado. Inclinémoslas al bien y no hagamos distinciones entre ellas...²⁴.

Al servicio de las niñas

Tan importante como el querer y valorar a un alumno, es hacerle creíble dicho querer y aprecio. Y esto se consigue en la medida que el educador es capaz de actuar con el talante propio del *servidor* evangélico, entretejido de las actitudes de sencillez, mansedumbre, cercanía, afabilidad, alegría..., que distinguen, al mismo tiempo, la *minoridad* franciscana:

²³ Cf. Carrasco, Ma Encarnación, Advertencias particulares, en Constituciones, p. 36.

²⁴ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla para la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 98.

- No debemos desdeñarnos –recomendaba al respecto madre Encarnación a sus hermanas– de la ignorancia, grosería y demás defectos de las pobres niñas, antes bien, tenemos que animarnos a conducir al bien estos preciosos depósitos que Dios nos ha confiado, y para ello, pediremos en la oración espíritu de celo y de mansedumbre y de humildad²⁵.
- Una maestra cabal –añadía– debe juntar al saber y la instrucción, espíritu recto, ilustrado e imparcial; madurez y prudencia en su modo de pensar y en sus consejos; afabilidad en el trato, pero sobre todo, un corazón humilde, caritativo y manso²⁶.

²⁵ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Regla para la Encargada de las Niñas Huérfanas, en Constituciones, p. 97.

²⁶ Cf. Carrasco, Mª Encarnación, Reglas de la Maestra de Clase, en Constituciones, p. 46.

EPÍLOGO

EL CARISMA SE SIGUE EXTENDIENDO

A la muerte de madre Encarnación, su fundación contaba en España con un total de nueve presencias distribuidas entre las provincias de Cádiz, Sevilla y Huelva¹.

De aquellas nueve presencias, cuatro –la de Cádiz-Colegio Nuestra Señora de las Mercedes², la del Puerto de Santa María³, la de Palma del Condado⁴ y la de Sevilla-Clínica de la Salud⁵– se fueron cerrando con el tiempo por diversas circunstancias

Presencias que han permanecido

Sin contar el Asilo-Hogar de Cádiz que, aunque con las reformas del caso, ha permanecido siempre en el lugar en el que lo dejó ubicado madre Encarnación y se ha mantenido fiel, en medio de las adaptaciones pedagógicas, al fin

¹ Cf. arriba, Pasando el testigo, p. .

² Se dejó el 8 de marzo de 1936, al ser incendiado el edificio.

³ Se cerró el 30 de noviembre de 1933 por falta de medios y por haber sido declarado en ruinas el edificio.

⁴ Cerró sus puertas en 1936.

⁵ Salieron de ella las hermanas el 28 de febrero de 1989 al pasar la clínica a otras manos.

apostólico primero, han sido cuatro las fundaciones realizadas en vida de la fundadora que se mantienen abiertas en la actualidad, por más que, con el paso del tiempo, han experimentado transformaciones –a veces substanciales— para continuar ofertando una respuesta adecuada a las necesidades del momento.

Puebla de Cazalla. Fundación-Colegio San Francisco de Paula

El Colegio –que desde los años sesenta pasó a denominarse "Sagrado Corazón y San Francisco de Paula–, además de aumentar su capacidad, gracias a la adquisición de unos terrenos adyacentes por parte de las hermanas, se remodeló completamente. En la actualidad cuenta con cursos de Infantil, Primaria y Secundaria, y goza de buen prestigio por su calidad de enseñanza.

Arahal. Hospital Santa Caridad y Misericordia. Residencia Madre Encarnación

El Hospital se convirtió en Militar en 1938 y se amplió para la atención de unos 200 soldados, con lo que tuvo que aumentar también el número de hermanas que lo atendían.

Al finalizar la contienda civil, la Diputación Provincial empezó a remitir al mismo ancianos para su cuidado.

Con el paso del tiempo, sin embargo, se vio que las instalaciones no reunían las condiciones requeridas para la atención de personas mayores, y las hermanas construyeron una moderna Residencia en terrenos donados a la

Congregación por un bienhechor. La nueva Residencia de la Tercera Edad, denominada Madre Encarnación fue inaugurada el 24 de abril de 1991.

Medina Sidonia. Hospital y Asilo Amor de Dios

El Hospital –que venía atendiendo enfermos y albergaba también un Asilo para niñas huérfanas– experimentó una trascendental transformación en 1965, cuando las niñas pasaron a engrosar el Hogar instalado en la Casa Generalicia de Cádiz y el edificio se destinó ya principalmente a atender gente mayor.

Posteriormente se realizaron en los locales grandes reformas, y, en septiembre de 2002, se inauguró una Residencia de la Tercera Edad completamente renovada.

Ubrique. Asilo Nuestra Señora de los Remedios

La misión de las hermanas, que inicialmente se centró en atender el Asilo de Ancianos de la población, se fue ampliando a apostolados tales, como la educación de párvulos y la atención a transeúntes.

En 1967, los patronos de la Fundación "Doña Isabel Domínguez León", solicitaron a la comunidad que se hiciera también cargo de la Clínica de Maternidad dependiente de dicha Fundación y que era colindante al Asilo.

Un año más tarde de adquirir este nuevo compromiso apostólico –en 1968– se inauguraron las obras de amplia-

ción del Asilo y del Colegio, que se denominaba "Sagrado Corazón de Jesús".

Corría ya el año 1978, cuando se inauguró una nueva sede del Colegio Sagrado Corazón de Jesús, levantado en terrenos de la huerta de los capuchinos, permutados por otros pertenecientes a las hermanas.

Finalmente, el 27 de junio de 2003, se inauguró una nueva Residencia en la que se unificaron la antigua Junta de Señoras –que dirigía el Asilo, antes de la llegada de la Congregación en 1907– y la Fundación "Doña Isabel Domínguez". El traslado de los ancianos a su nueva sede tuvo lugar el 20 de julio de aquel mismo 2003.

Nuevas presencias

Tras el fallecimiento de madre Encarnación, el carisma –como resultado de su dinamismo y vitalidad interna– se continuó extendiendo y fue completando el mapa geográfico de presencias que actualmente presenta la Congregación.

Sevilla. Clínica San José

Fue solicitada esta presencia –la primera que se establecía tras el tránsito de madre Encarnación– por el doctor Enrique Tello, director de la Clínica San José de Sevilla, el 10 de abril de 1922.

Durante tres años y medio, las hermanas se hicieron cargo de los enfermos, de la alimentación del centro y del personal de servicio, pero al enfermar y tener que dejar su cargo el doctor Tello, las hermanas optaron por retirarse de la mencionada clínica el 17 de septiembre de 1925.

Cádiz-Trille. Hogar, Colegio y Noviciado

Desde 1921, las hermanas albergaban la inquietud de poder adquirir un terreno –fuera de la ciudad y cercano a la playa– en el que se pudiera establecer: un Hogar-Sanatorio para niñas y hermanas delicadas de salud, una escuela gratuita y una amplia Casa-Noviciado.

En 1926, se adquiere un terreno en la calle Trille, n. 7 de Cádiz y, al año siguiente –concretamente el 18 de agosto de 1927– se abre ya el proyectado Hogar-Sanatorio.

Hubo que esperar, sin embargo, hasta 1948 para abrir la deseada Escuela gratuita, que inició su andadura el 15 de septiembre de 1948. Constaba tan sólo de dos clases. Dicha Escuela-Colegio se denominó desde entonces "Divina Pastora".

Tras ceder al Ayuntamiento una parte de la finca –en 1956– y sufrir una expropiación forzosa de otra parte de la misma –en 1959– se consiguen los correspondientes permisos para levantar un edificio de nueva planta que albergaría un internado, el noviciado, un pabellón para hermanas mayores y un colegio para niñas externas. Las obras se iniciaron el 26 de julio de 1960.

El 2 de febrero de 1970 queda instalada oficialmente en Trille la Casa-Noviciado, y ese mismo mes se abre un Colegio-Hogar con capacidad para 80 alumnas.

Las obras de la Casa se ultimaron en 1974, con la construcción de la Capilla Madre del Buen Pastor y un amplio Salón de Actos.

En noviembre de 1975 –exactamente el día 5– quedaron unificados y clasificados oficialmente el Centro Escolar "San Francisco de Asís" –con sede en el Hogar de la calle Costa Rica, anteriormente San Sebastián– y el Centro Escolar "Divina Pastora" de esta presencia ubicada en la calle Trille.

Actualmente este Centro Escolar unificado cuenta con dos líneas de Infantil, Primaria y Secundaria.

Chiclana. Sanatorio Antituberculoso

Con fecha del 23 de septiembre de 1938 –en plena contienda civil– las hermanas se hicieron cargo del cuidado y atención espiritual de los enfermos del Sanatorio Antituberculoso de Chiclana de la Frontera, para el que habían sido solicitadas el 2 de agosto de aquel mismo año 1938.

Con el tiempo, la comunidad de Chiclana pasó a atender, primero el *Hospital de Puerto Real* –en la misma provincia de Cádiz–, y posteriormente –en octubre de 1975– el *Centro Hospitalario Virgen del Valle*, en la provincia de Toledo.

Finalmente, debido a toda una serie de dificultades, las hermanas dieron por finalizada –en 1987– esta presencia "itinerante" que se había ido estableciendo en tres localidades distintas.

Montilla. Colegio San Luis y San Ildefonso

Iniciada la presencia el 24 de octubre de 1939, a petición del señor Vicario de esta localidad cordobesa, las hermanas han

seguido dirigiendo el Colegio San Luis y San Ildefonso que consta en la actualidad de Infantil, Primaria y Secundaria.

Durante treinta años –desde 1979 hasta el 13 de abril de 2009– dirigieron también un Hogar para niñas internas que ellas mismas habían establecido en locales del Colegio.

Lugo. Sanatorio Antituberculoso

Llamadas por el administrador del Sanatorio Antituberculoso de Lugo, las hermanas llegaron al mismo el 6 de noviembre de 1940.

Diecinueve años más tarde –en 1959– la institución, y con ella las hermanas, se trasladaron al Hospital General de San Pedro de Calde, en la misma provincia de Lugo.

Últimamente, cuando el 22 de diciembre de 2010, el centro sanitario que funcionaba en San Pedro de Calde fue trasladado al nuevo Hospital "Lucus Augusti" de la propia ciudad de Lugo, las hermanas pasaron a residir en el Hogar "Sí a la vida" de la propia ciudad, aunque continúan atendiendo el Hospital "Lucus Augusti".

Esta presencia de Lugo fue la primera que la Congregación tuvo fuera de tierras andaluzas.

Cádiz-Los Barrios. Colegio San Ramón Nonato

El propio obispo de Cádiz, don Tomás Gutiérrez, pidió –el 22 de febrero de 1947– que las hermanas se hicieran cargo de un Colegio dedicado a la enseñanza de niñas y jóvenes

adultas, dependiente de la Fundación San Ramón Nonato de Los Barrios.

Cuando en 1980, por convenio firmado entre la mencionada Fundación y el Ministerio de Educación y Ciencia, el Colegio de Los Barrios pasó a ser Colegio Nacional, las hermanas, que habían opositado, permanecieron en el mismo, ocupando una de ellas la dirección hasta 2008. En la actualidad, –finales de 2010– sólo una hermana imparte en el centro clases, en la materia de Religión.

Con la transformación experimentada en el centro escolar, las hermanas empezaron a buscar una nueva forma de presencia en Los Barrios y la encontraron, prestando sus servicios en una *Residencia de Ancianos* construida en terrenos de la Fundación "San Ramón Nonato", que fue bendecida en 1991.

A partir de 1998, las hermanas residentes en Los Barrios, aparte de atender y dirigir la Residencia de Ancianos, atienden también a inmigrantes de la zona.

Burguillos del Cerro. Colegio Ntra. Sra. de los Reyes

La llegada de la Congregación a tierras pacenses, se produjo gracias a la llamada que el párroco y el alcalde de la localidad de Burguillos del Cerro hicieron –el 9 de junio de 1948– para que las hermanas se hicieran cargo de algo tan querido y privilegiado en el carisma de madre Encarnación, como era la Escuela Nuestra Señora de los Reyes, pensada para niñas pobres y pensionistas de la localidad.

Pasados diez años -ya en 1958- la comunidad de Burguillos se hizo cargo también de una Residencia para la Tercera Edad -levantada por la Fundación "Nuestra Señora del Amparo"-, que, tras varias remodelaciones, está actualmente adaptada a las leyes del sector.

Barcarrota. Colegio Santiago Apóstol

Un año después de la llegada por vez primera a la provincia de Badajoz, de nuevo son requeridas las hermanas en estas tierras extremeñas para atender un centro de enseñanza para niñas necesitadas. En esta ocasión se trataba del Colegio Santiago Apóstol de Barcarrota, al que llegaron ellas el 12 de septiembre de 1949.

Casi cincuenta años permanecieron ininterrumpidamente las hijas de madre Encarnación en esta población hasta que, en 1996, tuvieron que cerrar esta presencia ante la falta de alumnos.

Benamejí. Colegio San José y Ntra. Sra. de los Dolores

Esta presencia –iniciada el 15 de octubre de 1951 y destinada principalmente a atender y dirigir el Colegio San José y Ntra. Sra. de los Dolores de Benamejí, dependiente de la Fundación "Doña Dolores Artacho" – se mantuvo abierta tan sólo diecisiete años, pues –en 1968 – hubo que cerrar el Colegio, al no reunir las condiciones pedagógicas exigidas por la ley.

Cádiz. Hospital Santa Caridad y Misericordia de San Juan de Dios

La estancia de la Congregación en este Centro Hospitalario, para el que fueron solicitadas por la Hermandad de la Santa Caridad y Misericordia de San Juan de Dios, fue más bien efímera, pues se alargó tan sólo desde el 19 de julio de 1960 –cuando llegaron al mismo las hermanas— hasta 1964, cuando se retiraron.

Cádiz. Seminario Menor

Tras cuatro años sin abrir una nueva casa religiosa, la Congregación se hizo cargo –en 1964– y a petición del obispo de la diócesis, don Antonio Dorado, de la atención de la cocina, comedores, ropa y limpieza del Seminario de Cádiz.

En 1975, al ser trasladados a Sevilla los seminaristas mayores, las hermanas dejaron la atención del Seminario, pasando algunas de ellas a atender la Residencia episcopal.

Diez años después, sin embargo, al abrirse –en 1985– la Casa Diocesana de Espiritualidad "San Bartolomé", ubicada en los locales del antiguo Seminario, las hermanas regresaron al mismo, haciéndose cargo de dicha Casa de Espiritualidad.

El 3 de septiembre de 1996, sin embargo, la Congregación levantó definitivamente esta presencia.

Requena-Perú. Misión Jenaro Herrera

Cuando faltaban sólo dos años para la celebración del primer centenario de la fundación de la Congregación, las hermanas –con su superiora general a la cabeza, que entonces lo era la hermana Sagrario Robles– deciden extender el carisma trasmitido por madre Encarnación a tierras de misión, haciendo así propio el deseo –tan evangélico y franciscano a un tiempo– de ir por todo el mundo, extendiendo el mensaje evangélico a toda persona y cultura.

El lugar elegido para la primera expedición misionera –que parte de Cádiz el 11 de abril de 1976– tiene como destino las tierras de Perú y más concretamente las del Vicariato de Requena, ubicado en la selva amazónica.

De momento se establecieron en Flor de Punga, pero el 1 de mayo de 1977 se trasladaron ya a la misión *Jenaro Herrera*, donde permanecen hoy en día.

Granada. Hogar Fray Leopoldo

Solicitadas por los religiosos capuchinos, el 8 de noviembre de 1878 se hicieron presentes las hermanas en el Hogar Fray Leopoldo, que dirigieron hasta 2006.

Lima-Perú. Barranco. Pueblo Libre

A los cinco años de su llegada a tierras peruanas, las hermanas abren una segunda presencia en el país.

El lugar elegido en esta ocasión era la propia capital, donde se presentan con la idea de abrir un *Hogar de niñas*, en el que las jóvenes que se les empezaban a acercar con inquietudes vocacionales pudieran ver y experimentar lo más identificante y característico del carisma de madre Encarnación.

En un primer momento se establecieron –el 25 de noviembre de 1981– en el barrio de *Barranco*, pero, el 29 de septiembre del siguiente año 1982, pasaron al bario de Pueblo Libre, donde fundaron el deseado Hogar, en una casa que habían adquirido en propiedad.

Olalla. Residencia "El cazador de Maqueda"

A petición del párroco de la población toledana de Olalla, llegaron las hermanas –el 3 de octubre de 1987– para hacerse cargo de la Residencia de la Tercera Edad "El cazador de Maqueda", con capacidad para 100 ancianos.

La estancia aquí fue, sin embargo muy breve, pues al cumplirse el contrato, firmado para dos años, las hermanas se vieron obligadas a retirarse por falta de personal religioso. Sucedía esto el 30 de diciembre de 1989.

Lugo. Hogar Madre Encarnación. Obra social "Sí a la vida"

Las hermanas que venían atendiendo por turnos el Hospital de San Pedro de Cade, se plantearon la oportunidad de ocupar su tiempo libre en otro servicio. Fue así como –en

septiembre de 1987– parte de las hermanas de Calde pasaron a formar en Lugo otra fraternidad, para atender, en un piso alquilado, a madres solteras.

Posteriormente se construyó, por parte de la Congregación, el Hogar Madre Encarnación que cobija la obra social "Sí a la vida", concertada con la Xunta de Galicia, que atiende madres solteras, mujeres maltratadas y menores hasta los tres años de edad.

Lima-Perú. Casa de Formación

Con fecha del 10 de junio de 1989, el gobierno general de la Congregación decidió abrir una nueva presencia en la capital del Perú.

En esta ocasión la casa religiosa –destinada a ser la sede de la formación de vocaciones nativas– se estableció en el barrio marginal, denominado *Universal*, donde continúa en la actualidad.

Lalín. Residencia Ntra. Sra. de los Dolores

La última fraternidad abierta por las hijas de madre Encarnación en el momento de dar por concluida esta obra –el 31 de diciembre de 2010– fue la de la población pontevedresa de Lalín, donde el 4 de octubre de 1989 se hicieron cargo de la Residencia de ancianos Nuestra Señora de los Dolores, que siguen atendiendo al día de hoy.

Proyección de futuro

Al finalizar el año 2010, las Hermanas Terciarias Franciscanas del Rebaño de María continuaban atendiendo un total de *quince* obras apostólicas.

Cinco de ellas –la de Cádiz-Hogar y Casa General, la de Puebla de Cazalla, la de Arahal, la de Medina-Sidonia y la de Ubrique– se remontan a la época misma de madre Encarnación.

Las otras diez -Cádiz-Trille, Montilla, Lugo-Hospital, Cádiz-Los Barrios, Burguillos, Perú-Misión, Perú-Pueblo Libre, Lugo-Hogar, Perú-Universal y Lalín- se han ido abriendo tras el tránsito de la fundadora.

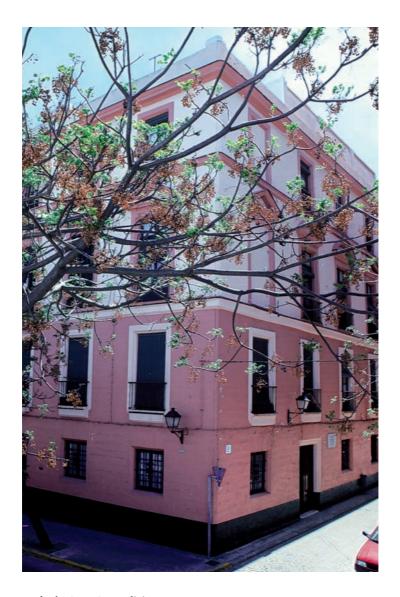
De cara al futuro –que se inicia con la entrada del año 2011–, las hermanas se sienten comprometidas a ser presencia en los distintos ambientes en los que siguen desarrollando su específica misión, constituyéndose así en pequeña levadura del Reino de Dios y en testigos del Padre, revelado en Cristo, que ama a todas sus criaturas y las atiende misericordiosamente. También se sienten comprometidas –siendo fieles al Dios de la vida y estando atentas a los signos de los tiempos– a luchar por la dignidad de los hombres y mujeres, prestando especial atención, como les enseñara madre Encarnación, a los más desfavorecidos.

Buscan, además, revitalizar los valores de sencillez, humildad y pobreza que siempre las han distinguido como seguidoras del Evangelio tras la estela de Francisco de Asís. Este mismo espíritu franciscano las impulsa a construir cada día, con crecientes sentimientos de humanidad, encarnación y servicio, la propia fraternidad y a hacer partícipes

de esta cálida vivencia no sólo a quienes se sientan llamadas al seguimiento de Cristo tras los pasos de madre Encarnación, sino también a seglares comprometidos que, desde su vocación laical, se sientan invitados a vivir y actuar el carisma que Dios regaló, en un primer momento, a madre Encarnación y a sus hermanas.

Por supuesto, se sienten impulsadas asimismo –a pesar de que no parece ser éste el momento vocacional más propicio, sobre todo en las realidades geográficas en que tradicionalmente se ha desarrollado la Congregación hasta el momento– a mantener abiertos sus oídos y su corazón a la llamada de gentes necesitadas de la presencia y actuación del propio carisma, incluso si esta llamada proviniese de países situados en continentes distintos a los que en la actualidad se encuentra presente y operante.

ÁLBUM FOTOGRÁFICO



Fachada Casa Generalicia.



Clausura Proceso Diocesano de Beatificación de madre Encarnación. 19/12/2010.



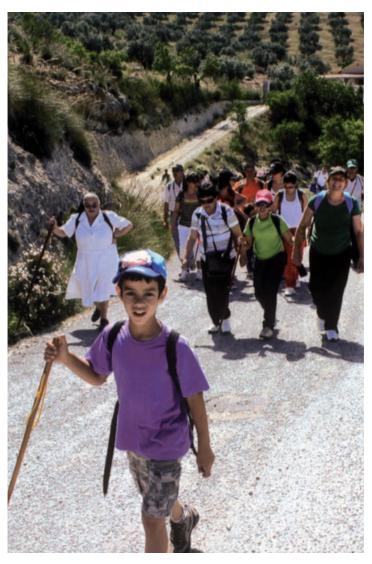
Vista de la Cripta donde reposan los restos de la Sierva de Dios M.ª de la Encarnación.



Misión de Jenaro Herrera. Selva de Perú.



Convivencia con jóvenes educados por las hermanas del Rebaño de María.



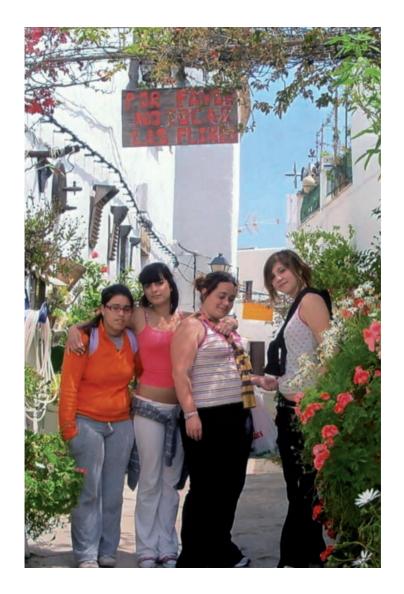
Senderismo. Alumnos y padres de familia comparten, junto a las hermanas, una actividad lúdica.



Grupo alumnos.



Grupo niños y niñas de uno de los Hogares dirigidos por las hermanas fundadas por madre Encarnación.



Grupo de jóvenes de otro de los Hogares.

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo	9
Capítulo I. De la mano de Dios	13
Nacida en un santuario	15
Con la señal de la cruz	19
El difícil discernimiento	21
Capítulo II. El camino se ilumina	27
Un sueño trascendental	27
Cádiz fue su Calcuta	30
Comienzo de la aventura	31
Acompañantes del camino	37
Capítulo III. Sus predilectos, los niños	45
Locura de amor	47
Por la gloria de Dios	50
El sueño se hace realidad	51
Dios se esconde	58
La fundación se asienta	65
Pasando el testigo	75
O .	

Capítulo IV. Testigo fiel del evangelio	81
Portadora de misericordia	82
Fuerte para amar	85
Pobre entre los pobres	89
Confiada en Dios	92
Pendiente de los demás	98
Hermana y madre	100
Pacífica y serena, llana y alegre	103
Capítulo V. Tras las huellas del Buen Pastor	109
De corazón a corazón	111
Con cariño y exigencia	114
Para que tengan vida	116
Haciendo camino al andar	116
Al servicio de las niñas	117
Epílogo. El carisma se sigue extendiendo	119
Presencias que han permanecido	119
Nuevas presencias	122
Proyección de futuro	132
ÁLBUM FOTOGRÁFICO	135

Encarnación Carrasco Tenorio –como le sucedería años más tarde a Agnes Gonxha Bojaxhin, o mejor aún a Teresa de Calcuta– se sintió llamada inicialmente por Dios a su seguimiento en una congregación de la que, con el tiempo, pidió salir, al ir comprobando, por la creciente desazón experimentada, que el camino emprendido no era el adecuado.

Encarnación –también como madre Teresa– se sintió impelida a ofrecer una respuesta adecuada a las carencias y miserias de los más necesitados y pobres de su entorno; experimentó en carne propia el dolor de la incomprensión por parte de sus superioras del primer instituto, y tuvo que pedir dispensa de su primera profesión religiosa para poder emprender la obra que Dios le tenía asignada.

Pero el escenario apostólico de Encarnación fue bastante diferente del de la santa albanesa. Ésta encontró su tierra prometida en Calcuta, mientras que para Encarnación su Calcuta fue Cádiz.